

PAULA CHIAPPARA ESTÉVEZ

**ILUSTRÍSIMOS, NADA SE PIERDE:
*UN ENCUENTRO ENTRE LA ECONOMÍA DE LOS MEDIOS
NARRATIVOS Y LA CREACIÓN LITERARIA***

Disertación presentada como requisito para la obtención del grado de Maestría en el Programa de Pos graduación de la Facultad de Letras, en el área de concentración Teoría de la Literatura, de la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur.

Prof. Dr. Luiz Antonio de Assis Brasil
Orientador

Porto Alegre
2007

PAULA CHIAPPARA ESTÉVEZ

ILUSTRÍSIMOS, NADA SE PIERDE:
*UN ENCUENTRO ENTRE LA ECONOMÍA DE LOS MEDIOS NARRATIVOS Y
LA CREACIÓN LITERARIA*

Disertación presentada como requisito para la obtención del grado de Maestría en el Programa de Pos graduación de la Facultad de Letras, en el área de concentración Teoría de la Literatura, de la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur.

Aprobada el _____ de _____ de _____

Banca Examinadora

Prof. Dr. Luiz Antonio de Assis Brasil - Presidente

Profa. Dr. Márcia Barbosa

Profa. Dr. Maria Eunice Moreira

Agradecimientos

Este trabajo fue realizado gracias a la beca otorgada por el Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (CNPq) y a la oportunidad brindada por el Programa de Pos graduación en Letras de la PUCRS.

Quisiera agradecer a ambas instituciones, al cuerpo docente de la Facultad de Letras, muy en especial a mi orientador, Prof. Dr. Luiz Antonio de Assis Brasil, por la confianza y el apoyo constante y a Isabel y Mara, por las grandes y pequeñas soluciones de todos los días.

A mi familia, que a pesar de la distancia se hizo presente de todas las formas posibles. Por las iniciativas y las preocupaciones, también gracias.

A mis amigos que aceptaron cambiar las horas compartidas en vivo, por palabras escritas, palabras que llegaron durante dos años sin interrupción. Gracias.

Y finalmente, a los macanudos: Aletieri, Matilda, Guadalupe, Ilustrísimo, Libre, Zulma, Roger, Renato, George, Azucena, y a todos los otros, tantos, queridos.

RESUMEN

Este trabajo propone un ejercicio de reflexión en torno a las principales consideraciones teóricas sobre el género literario cuentístico – relacionadas específicamente a la economía de los medios narrativos – y a la elaboración práctica del mismo. Para entablar este diálogo entre teoría y práctica, son rescatados los principales aportes que sobre el género realizaron autores como Edgar Allan Poe, Antón Tchekhov, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, enfatizando la necesidad de una producción basada en el máximo de efectos con el mínimo de recursos posibles. A partir de tales propuestas se suman otros pareceres que surgen de la reflexión teórica y la experiencia personal de la disertante en la construcción de un libro de cuentos.

Palabras claves:

Teoría del cuento – creación literaria

RESUMO

Este trabalho propõe um exercício de reflexão em torno às principais considerações teóricas sobre o gênero literário contístico – relacionadas especificamente à economia dos meios narrativos – e a elaboração prática do mesmo. Para estabelecer este diálogo entre teoria e prática são resgatados os principais aportes que sobre o gênero realizaram autores como Edgar Allan Poe, Antón Tchekhov, Horacio Quiroga, Jorge Luis Borges y Julio Cortázar, enfatizando a necessidade de uma produção baseada no máximo de efeitos com o mínimo de recursos possíveis. A partir de tais propostas se somam outros pareceres, que surgem da reflexão teórica e a experiência pessoal da dissertante na construção de um livro de contos.

Palavras-chaves:

Teoria do conto – escrita criativa

SUMARIO

Uno: sobre el género	9
Dos: sobre la discusión	12
Tres: sobre el ejercicio	22
Ilustrísimos, nada se pierde	33
La ciénaga	35
EXIT'	37
¡God Save the Queen!	39
<i>i</i> Ilustrísimo abre la ventana	43
Ella y mi nombre	45
Libre	47
Putita	49
<i>ii</i> Ilustrísimo y la pasión sin fronteras	53
.....	55
A los condenados de siempre	57
Hawai 35°	59
<i>iii</i> Entre la mesa de luz y la cama	61
Bateros Unidos SA	62
Vos y ella y el dolor de los otros	66
Estamos bien como estamos y dónde	68
<i>iv</i> En caso de emergencia	70
Los ojos adelante	72
Made In	74
El cuarto en discordia	77
<i>v</i> Érase	79
Ya nadie limpia los sótanos	80
Montevideo nos mata	82
Temporada	85
A mí, que me vengan a buscar	87
<i>vi</i> Yo resisto, tú resistes, nosotros	89
Muchacha Generosa	91

La vida es un carnaval, lo dijo Celia Cruz	94
Y vivieron como pudieron	95
<i>vii</i> ¿Y si te mato para siempre?	98
Estamos buscando a Mario	101
Sábado 14 de mayo	103
El agua hirviendo	104
Me cambio y vamos.....	106
<i>viii</i> Mientras.....	107
Referencias.....	108

Uno: sobre el género

Un relámpago perdurable, una pedrada en el ojo, un tremor de agua dentro de un cristal, un momento intenso de humanidad. Son diversas las construcciones metafóricas¹ sobre las cuales se ha intentado una definición del cuento por parte de los principales creadores del género. Julio Cortázar afirmaba que sólo “con imágenes se puede transmitir esa alquimia secreta que explica la profunda resonancia que un gran cuento tiene en nosotros”². Sin embargo sus aportes a esta reflexión superaron ampliamente las figuras del lenguaje. Tal vez porque el cuento “parece ser una categoría textual de las más difíciles de aprehender”³ o porque alcanzar *una* idea de lo que es, implique su abstracción y una pérdida en la vitalidad de su contenido⁴, es que algunos escritores han elegido el camino indirecto de las metáforas, de las comparaciones. Y tal vez sea la misma obstinada imprecisión del género lo que ha promovido diferentes intentos de definirlo, contraponiéndolo a otras formas literarias, como la poesía, o dentro de la narrativa ficcional, con su hermana más cercana, la novela, considerada un “género mucho más popular y sobre el cual abundan las preceptivas”⁵. Pero aún en este discurso de las diferencias, las metáforas todavía parecen ser necesarias. “Un escritor, muy amigo del

¹ Las metáforas citadas corresponden a los siguientes autores en el mismo orden: Elsa Bornemann In: GIARDINELLI, Mempo. *Assim se escreve um conto*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994. p. 184; Mario Arregui. *A propósito del cuento*. Disponible en <<http://letras-uruguay.espaciolatino.com/arregui/cuento.htm>> Acceso en: 13 nov. 2006.; Julio Cortázar. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en:

<<http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647>> Acceso en: 13 nov. 2006. y Antonio Skármeta In: GIARDINELLI, op. cit., p. 61

² CORTÁZAR, op. cit.

³ LINARES, Luis Barrera. *Apuntes para una teoría del cuento*. Disponible en:

<<http://www.artnovela.com.ar/modules.php?name=XForum&file=viewthread&tid=899>> Acceso en: 13 nov. 2006.

⁴ CORTÁZAR, op. cit.

⁵ CORTÁZAR, loc. cit.

boxeo, me decía que en ese combate que se entabla entre el texto apasionante y su lector, la novela gana siempre por puntos, mientras que el cuento debe ganar por *knock-out*⁶.

Y si bien su definición es improbable, un género tan poco encasillable, como lo prefieren algunos porque sino “se lo encorseta, se lo endurece”⁷, existe de todas formas, una serie de rasgos constantes, “ciertos valores que se aplican a todos los cuentos, fantásticos o realistas, dramáticos o humorísticos”⁸, que podrán no delimitar por completo su naturaleza, pero que al menos nos permiten identificarlo y a él referirnos.

A partir de su estatuto ficcional y narrativo al cuento le son adjudicados valores que se relacionan con la fábula y la trama, es decir con el contenido y la manera como el lector toma conocimiento del mismo⁹. Así son llamadas a su encuentro la brevedad, la unidad de efecto e impresión, la concentración temática, la intensidad y la tensión, la concisión y la economía. Bajo esa nomenclatura o con términos que mucho se le aproximan, varios cuentistas se aventuraron a reflexionar sobre el género, algunos desde un abordaje teórico más estricto, otros a través de conferencias, entrevistas, correspondencia y en ocasiones exponiendo enfáticos consejos y manuales para quien pretendiera practicar el oficio. Entre ellos, seleccionamos para nuestra reflexión la voz de Edgar Allan Poe, de Antón Tchekhov, de Horacio Quiroga, de Julio Cortázar y de Jorge Luis Borges.

⁶ CORTÁZAR, Julio. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en: <<http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647>> Acceso en: 13 nov. 2006.

⁷ GIARDINELLI, Mempo. *El cuento como género literario en América Latina*. Disponible en: <<http://segundapoesia.com.ar/phpBB2/viewtopic.php?p=943&sid=5cc787ffa484a67e4a5ef22a936e1557>> Acceso en: 13 nov. 2006

⁸ CORTÁZAR, op. cit.

⁹ KIEFER, Charles. *A Poética do conto*. Porto Alegre: Nova Prova, 2004. p.45.

El propósito de este trabajo será, pues, rescatar de una manera general dichos presupuestos, concentrando la discusión entorno a uno de los aspectos tratados que se relaciona específicamente con la economía de los medios narrativos, puesta en práctica a través del ejercicio de producir el máximo de efecto con el mínimo de recursos¹⁰. Este enfoque es motivado por el ejercicio de construcción ficcional de la disertante, presentado a continuación como un conjunto de cuentos, durante el cual fueron surgiendo pareceres que pretenden sumarse, por empatía o contraposición, al camino trazado por las reflexiones ya existentes.

Tales pareceres fueron influenciados en gran parte por la actividad profesional de la disertante vinculada al ámbito propagandístico – actividades desarrolladas en los departamentos creativos de agencias de publicidad – y a su participación en los talleres literarios, aproximándose no sólo al proceso creativo literario sino también a las principales teorías del género cuentístico.

¹⁰ GOTLIB, Nadia. *Teoria do Conto*. São Paulo: Ática, 1985. p.35

Dos: sobre la discusión

Lo que define un cuento a primera vista es la relativa brevedad de su extensión si lo comparamos con otras formas de la narrativa ficcional. Decimos relativa sumándonos al pensar de Carlos Pacheco¹¹, porque si bien existen cuentos que se desarrollan en cuatro, tres o menos páginas, otros superan las veinte. A pesar de su versatilidad, la brevedad resulta ser “el rasgo caracterizador más visible e inmediato y por consiguiente el más frecuentemente mencionado por quienes han intentado acercarse al concepto de cuento”¹².

Fue Edgar Allan Poe (1809-1849) el primer escritor que se aventuró en la reflexión de una manera más sistematizada, inaugurando al mismo tiempo la concepción moderna del cuento. En su ensayo *The Philosophy of Composition* (1846)¹³ y en las reseñas sobre *Twice-Told Tales* de Nathanael Hawthorne (1842, 1847)¹⁴ podemos encontrar los fundamentos de una poética del cuento sobre la base de los procedimientos constructivos y el tratamiento de los medios expresivos¹⁵. Según el autor, ningún aspecto de una composición puede ser atribuido a la intuición o al azar¹⁶. El punto de partida es determinar el efecto o impresión única que se pretende causar, para luego organizar todos los componentes de manera a preservarlo.

¹¹ PACHECO, Carlos. *Criterios para una conceptualización del cuento*. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo1/clase1/doc/criterios.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

¹² PACHECO, loc. cit.

¹³ POE, Edgar Allan. *Método de composición*. (en español) Disponible en: <http://www.literatura.us/idiomas/eap_metodo.html> Acceso en: 13 nov. 2006.

¹⁴ POE, Edgar Allan. In: KIEFER, Charles (trad.). *Poética do Conto*. Porto Alegre: Nova Prova, 2004 (p. 185-215).

¹⁵ Idem, p. 27.

¹⁶ POE, op. cit.

“Si la primera frase no se direccionó para tal efecto, fracasará enseguida en el primer paso. En toda la composición no debe haber ni siquiera una palabra escrita cuya tendencia, directa o indirecta, no lleve hacia aquel único plano preestablecido”¹⁷.

Para obtener esa unidad de impresión fundamental en la construcción poética, Poe considera desfavorables la brevedad en exceso y la extensión excesiva. Asegura que la dimensión ideal de un cuento está contenida entre treinta minutos y dos horas de lectura. Ya que sólo en lo breve se puede ser intenso, el texto debe ser factible de ser leído en una sola sesión, ininterrumpidamente. “La simple interrupción de la lectura podrá, por sí sola, ser suficiente para destruir la verdadera unidad”¹⁸.

Obtener un cuento eficaz depende de una extensión justa y necesaria, de una unidad de efecto, impresión única procurada y también del correcto tratamiento del lenguaje. Cuando Poe analiza los cuentos de Hawthorne, valora que en ellos,

“(n)o sólo todo lo que debe ser hecho es hecho, sino (lo que es un objetivo que se alcanza con más dificultad), no hay nada hecho que no debiera haber sido hecho. Cada palabra *dice* y no hay una palabra que *no diga*”¹⁹.

El cuento debe ser construido entonces, sólo a partir de aquello que trabaje a favor del acontecimiento pensado. Si existen palabras que en un relato nos dicen, están las que no lo hacen y éstas, pueden ser consideradas accesorias y dispensables. Resaltamos la idea de Poe que en el ejercicio de economizar medios narrativos, resulta más difícil el camino de la contención, es decir, limitar el relato a lo necesario, evitar lo superfluo y lo excesivo, en fin, no decir lo que no debe ser dicho.

¹⁷ POE, Edgar Allan. In: KIEFER, Charles (trad) *Poética do Conto*. Porto Alegre: Nova Prova, 2004. p. 193 (*trad. español nuestra*).

¹⁸ Idem, p. 213

¹⁹ Idem, p. 197

Dispensar lo superfluo y administrar las palabras son también presupuestos que forman parte del pensamiento de Antón Tchekhov (1860-1904). Si bien no hay en sus comentarios una intención de establecer una teoría del cuento²⁰, el autor expresó sus puntos de vistas literarios con relación al género, en la correspondencia que mantenía asiduamente con el hermano, colegas de profesión, amigos y editores, dando consejos muchas veces a quienes se aventuraban en la cuentística. En sus cartas se hace evidente su preferencia por valorizar los procedimientos constructivos del cuento por sobre el argumento. “El enredo debe ser nuevo al paso que la fábula puede estar ausente”²¹.

El 10 de mayo de 1886 le escribía a su hermano mayor Aleksandr P. Tchekhov una lista numerada de presupuestos necesarios para la construcción de una *obra de arte*²². Entre los cuales destacamos la simplicidad de estilo, la ausencia de palabrerío, la veracidad en las descripciones de los personajes y de los objetos y la brevedad extrema. En la misma carta el autor de *La dama y el perrito* apelaba para un control estricto que negara los lugares comunes, tanto en la descripción de la naturaleza como en la psicología de los héroes. Antes que explicar el estado de ánimo de un personaje, éste debía ser entendido a través de sus acciones. También hacía especial hincapié en el tratamiento de los excesos y los detalles superfluos a través del cuidado de un lenguaje simple y elegante. Para Tchekhov la concisión era hermana del talento y a la hora de escribir un cuento las palabras debían ser sabiamente administradas, postura que aparentemente se justificaba más en la intuición que por explicación racional, como lo demuestra su carta de enero de 1888.

²⁰ ANGÉLIDES, Sophia. *A. P. Tchekhov: Cartas para una poética*. São Paulo: EDUSP, 1995. p.184 (*trad. español nuestra*).

²¹ Idem, p.136

²² Idem, p.52

“Las obras grandes, voluminosas, tienen sus objetivos, que exigen un trabajo más minucioso, independientemente de la impresión general. En los pequeños cuentos, sin embargo, es mejor decir menos que decir de más, porque...porque....no se por qué...”²³.

De esta manera la brevedad no dejaba de ocupar un lugar importante en la reflexión de Tchekhov, al punto de llegar a considerarla como primera virtud de un cuento, proponiendo, al igual que Poe, una medida favorable, que según su experiencia debía contenerse entre las ocho y diez páginas de papel carta²⁴.

Así como la extensión favorable de un cuento resulta de apreciaciones tan variables, es cambiante el grado de importancia que cada reflexión le otorga. La brevedad puede resultar condición fundamental - para Poe y Tchekhov – o ser considerada una simple consecuencia de otras fisonomías que caracterizan al género, no debiendo “ser impuesta en sí misma, como un fin o como un ideal, menos aún como un precepto”²⁵. Por eso podemos afirmar que un cuento es breve porque se concentra en un solo acontecimiento o que en él no pueden existir impurezas temáticas debido a su corta “extensión tipográfica”²⁶. De uno u otro caso se desprende que al cuento lo caracteriza también la unidad de conflicto. Ese acontecimiento único que bien puede ser “la exacerbación de un personaje, de un ámbito o de un hecho. Pero no de todos a la vez”, como afirma José Balza²⁷. Su única espina dorsal lo distingue de la novela ya que el novelista “puede darse el lujo o el gusto de entretener en sus trabajos, personajes, hechos,

²³ ANGÉLIDES, Sophia. *A. P. Tchekhov. Cartas para una poética*. São Paulo: EDUSP, 1995. p.84 (*trad. nuestra*)

²⁴ Idem, p. 54. Carta del 29 de setiembre de 1886 dirigida a la escritora Maria V. Kisseliová.

²⁵ PACHECO, Carlos. *Criterios para una conceptualización del cuento*. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo1/clase1/doc/criterios.doc> Acceso en: 13 nov. 2006

²⁶ MASTRÁNGELO, Carlos. *25 cuentos argentinos magistrales*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1979. p.19

²⁷ BALZA, José. *El cuento: Lince y topo*. Disponible en: <<http://www.ficcionbreve.org/ensayos/ens-152.htm>> Acceso en: 13 nov. 2006.

descripciones e interpelaciones de importancia secundaria o de muy relativo interés”²⁸, mientras que al cuento no se le permiten digresiones ni en su fábula ni en su trama.

Esta inquietud general por el cuidado en la economía de elementos a la hora de construir un cuento y la preocupación particular con el lenguaje también formaron parte de las reflexiones de Horacio Quiroga (1878-1937). En sus páginas de autocrítica y cavilaciones sobre el arte del relato propuso, muchas veces con ironía, verdaderos manuales con trucos y recetas “al alcance de todos”²⁹ quienes pretendían transformarse en perfectos cuentistas. Para este autor, la intensidad y la brevedad, eran virtudes cardinales del relato, presentes en todos los cuentos, de todas las épocas³⁰. De la norma narrativa de Poe, Quiroga también heredaba el aprecio por la concisión y la concentración. En los cuentos no hay lugar para digresiones u ornatos sutiles y aquel cuentista que “nos hace perder el tiempo, que lo pierde él mismo en divagaciones superfluas, puede verse a uno y otro lado buscando otra vocación”³¹. Llamaba la atención para el tratamiento del lenguaje donde cada palabra merecía ser pensada y justificada por sí misma. “No adjetivos sin necesidad. Inútiles serán cuantas colas de color adhieras a un sustantivo débil. Si hallas el que es preciso, él solo tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo”³².

²⁸ MASTRÁNGELO, Carlos. *25 cuentos argentinos magistrales*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1979. p.19

²⁹ QUIROGA, Horacio. *El manual del perfecto cuentista*. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/el_manual.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

³⁰ QUIROGA, Horacio. *La retórica del cuento*. Disponible en: <<http://www.literatura.us/quiroga/retorica.html>> Acceso en: 13 nov. 2006.

³¹ QUIROGA, loc. cit.

³² QUIROGA, Horacio. Decálogo del perfecto cuentista In: _____. *Cuentos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, s/f. p.307-308.

Sus normativas para la composición de un cuento evidencian una gran preocupación por el dominio absoluto de la historia desde el principio del acto creador³³. “No empieces a escribir sin saber desde la primera palabra a dónde vas. En un cuento bien logrado, las tres primeras líneas tienen casi la importancia de las tres últimas”³⁴. Esa noción tan presente de un comienzo y un final determinados a priori, enfatizaría la idea de cuento como mundo autosuficiente y de estructura cerrada.

“No pienses en tus amigos al escribir, ni en la impresión que hará tu historia. Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno. No de otro modo se obtiene la vida del cuento”³⁵.

Por ser el cuento ese espacio tan concreto y preciso – ese pequeño ambiente cerrado donde no hay lugar para las explicaciones ni aclaraciones para extranjeros – lo comparaba Julio Cortázar con la imagen de una esfera y adhería su opinión a la de Quiroga cuando decía que el “sentimiento de [dicha] esfera debe preexistir de alguna manera al acto de escribir el cuento”³⁶. Para el autor de *Circe*, en ese sentimiento anticipatorio ya debe existir la elección de una imagen o un acontecimiento significativo, por el cual un cuento es capaz de irradiar algo mucho más allá de la pequeña y a veces “miserable anécdota que cuenta”³⁷. Pero de nada sirve un tema relevante si en su tratamiento literario no se lo construye con tensión e intensidad. Para Cortázar un buen

³³ ROCCA, Pablo. In: QUIROGA, Horacio. *Vozes da selva*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994. p. 15

³⁴ QUIROGA, Horacio. Decálogo del perfecto cuentista In: _____. *Cuentos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, s/f. p.307-308.

³⁵ Idem, ib.

³⁶ CORTÁZAR, Julio. *Del cuento breve y sus alrededores*. Disponible en:

<http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/del_cuento.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

³⁷ CORTÁZAR, Julio. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en:

<<http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647>> Acceso en: 13 nov. 2006.

cuento debe ser incisivo, mordiente, sin tregua desde la primera frase³⁸. No cree poder encontrar en un buen cuento elementos gratuitos, meramente decorativos. Porque a diferencia del novelista,

(e)l cuentista sabe que no puede proceder acumulativamente, que no tiene por aliado al tiempo; su único recurso es trabajar en profundidad, verticalmente, sea hacia arriba o hacia abajo del espacio literario. Y esto, que así expresado parece una metáfora, expresa sin embargo lo esencial del método. El tiempo del cuento y el espacio del cuento tienen que estar como condensados, sometidos a una alta presión espiritual y formal³⁹.

Como condición para el éxito de un cuento, la intensidad era lograda a partir de la eliminación de todas las ideas o situaciones intermedias, aquellos *rellenos* o fases de transición, que en una novela son admisibles. Si “la novela se desarrolla en el papel y por lo tanto en el tiempo de la lectura, el cuento parte de la noción de límite y en primer término de límite físico”⁴⁰, por eso era necesaria la eliminación de todo lo que no convergiera esencialmente al drama. No estamos frente a una novedad sino, frente a la continuación de un pensamiento que se iniciara con Poe. Sobre él Cortázar recordaría que el cuento moderno es aquella “máquina infalible destinada a cumplir su misión narrativa con la máxima economía de medios”⁴¹.

Sumándose a la intensidad, para Cortázar, también hace parte de la artesanía constructiva, la idea de tensión como una variación de la primera característica. La tensión es ese camino por el cual el autor nos acerca lentamente a lo contado. “Todavía estamos muy lejos de saber lo que va a ocurrir [...] y sin embargo no podemos sustraernos de su

³⁸ CORTÁZAR, Julio. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en: <<http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647>> Acceso en: 13 nov. 2006.

³⁹ CORTÁZAR, loc. cit.

⁴⁰ CORTÁZAR, Julio. *Del cuento breve y sus alrededores*. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/del_cuento.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

⁴¹ CORTÁZAR, loc. cit.

atmósfera”⁴². Un tema significativo, tratado con tensión e intensidad, comprimiendo el universo narrativo a un pequeño espacio, así se obtendría la figura perfecta de una esfera.

El primer cuento publicado de Cortázar, *La casa tomada*, había llegado a las manos de Jorge Luis Borges (1899 - 1989) a fines de la década de 1940. Sobre ese y otros relatos del mismo autor, opinaba:

El estilo no parece cuidado, pero cada palabra ha sido elegida. Nadie puede contar el argumento de un texto de Cortázar; cada texto consta de determinadas palabras en un determinado orden. Si tratamos de resumirlo verificamos que algo precioso se ha perdido⁴³.

Eso ocurría tal vez porque Cortázar había conseguido plasmar en sus obras los preceptos que había desarrollado en sus teorías. La lectura de Borges nos sugiere que cada palabra de Cortázar tiene un peso que la hace imprescindible y agregamos, no podría ser retirada porque se encuentra en perfecta tensión con el resto.

Las teorías de Poe que defendían la idea de la creación poética como producto del intelecto, no habían ganado la aprobación de Borges, como así lo manifestaba en una conferencia de 1983: “esta teoría de la composición poética como un acto intelectual, como una serie de razonamientos y de silogismos es, me parece, del todo inexultable”⁴⁴. La idea de una inspiración, “del poeta como secretario [...] como alguien que recibe el

⁴² CORTÁZAR, Julio. *Del cuento breve y sus alrededores*. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/del_cuento.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

⁴³ BORGES, Jorge Luis. *Obras Completas*. v 4. Barcelona : Emecé, 1996. p. 451

⁴⁴BORGES, Jorge Luis. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm>> Acceso en: 13 nov. 2006.

dictado de una fuerza desconocida”⁴⁵ durante el proceso de construcción, le resultaba más posible⁴⁶. Por fuerza del intelecto o de la inspiración, para Borges la creación poética partía de la memoria “y la memoria está hecha sobre todo de olvido; ya que la memoria, como dijo Bergson, escoge lo que quiere olvidar”⁴⁷. De alguna manera y sin la intención de reducir lo poético de este pensamiento a una ecuación matemática, podríamos decir que la idea de Borges se coloca en el principio de la construcción ficcional como un recorte, como un proceso selectivo, sumándose así a las reflexiones anteriores. Escribir es elegir, es recortar.

Borges no se detenía en este paso que podemos considerar iniciador. También advertiría, que escribiendo exactamente lo que uno pretende decir, puede perderse la posibilidad de ir más allá⁴⁸. Conviene entonces, el camino de lo indirecto, la manera de decir “profética y misteriosa” de las metáforas. En la entrevista que Osvaldo Ferrari le hiciera, el autor de *El Aleph*, ejemplificaba esta idea.

Si yo digo “fulano murió”, ahí estoy diciendo algo concreto. Pero si recorro a una metáfora bíblica y digo “fulano duerme con sus mayores”, es más eficaz [...]. Además, ahí se indica en forma indirecta la idea de que todos los hombres mueren y vuelven con sus mayores [...] fulano de tal se ha unido a la mayoría⁴⁹.

Digamos que el recurso podría ser un ejemplo muy eficaz para obtener el máximo de significado con pocos recursos. No sólo en las metáforas sino en el lenguaje todo es

⁴⁵BORGES, Jorge Luis. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm> > Acceso en: 13 nov. 2006.

⁴⁶ Sin embargo en la misma conferencia, el escritor argentino compartía con los presentes el proceso creativo de “Funes el memorioso” a partir de sus observaciones sobre la palabra inolvidable, un proceso que Poe había realizado ya con su poema El Cuervo.

⁴⁷ BORGES, op. cit.

⁴⁸ BORGES, Jorge Luis; FERRARI, Osvaldo. *Diálogos II*. Buenos Aires: Sudamericana: 1998. p. 280

⁴⁹ Idem, ib.

que Borges se preocupaba a la hora de su actividad creativa: “intento que la lectura sea fácil [...], intento ser lo más simple posible, siendo complejo pero de una manera secreta y modesta, de una manera no evidente”⁵⁰.

*

De las ideas leídas anteriormente se desprende que el buen cuento está imbuido de una gran concentración, aquella que le otorga la capacidad de haberlo dicho todo y solamente lo necesario para cumplir con su propósito. Y lo necesario implica la delimitación del tema, personajes, tiempo y espacio. Envuelve también la eliminación de lo superfluo a través de una “poda selectiva de todo lo que no ayuda a construir el efecto buscado”⁵¹. Esa concentración le otorga al cuento su cualidad de figura acabada (una esfera) cerrada y autónoma (un tremor dentro de un cristal) en cuyos límites se despliegan con tensión e intensidad (un relámpago perdurable) los elementos que le constituyen. Se alcanza la tensión precisa a partir de la construcción de la expectativa y la intensidad a través de “la sabia disposición del silencio”⁵².

⁵⁰BORGES, Jorge Luis. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm> > Acceso en: 13 nov. 2006.

⁵¹ KOHAN, Silvia. *Así se escribe un cuento*. España: Graféin, 2002. p. 27

⁵² Idem, ib.

Tres: sobre el ejercicio

Un cuento se ha iniciado y no podemos perder tiempo. Algunas cosas serán dichas y otras quedarán fluctuando en la primera capa por debajo de su superficie. La imagen nos sirve para describir el resultado de un proceso que comienza con la siguiente idea: como toda construcción ficcional, emparentándonos aquí con la novela y el romance, el cuento es un recorte de la historia que cuenta. El narrador hará una selección, elegirá algunos de los elementos y esperará del lector la actitud de una cooperación narrativa⁵³ que complete los espacios vacíos. Si decimos que “Ilustrísimo salió de la habitación”, no será necesario agregar que lo ha hecho por la puerta. Nos referimos aquí al contenido de la historia y a cómo éste plantea una relación entre los elementos presentes y aquellos que se ausentan. Dicha ausencia se verá incrementada en un cuento, dada su propuesta de trabajar con el silencio a un nivel más estricto. Sólo tienen derecho a comparecer a su superficie, aquellos elementos que ocupen un lugar significativo dentro de la historia, trabajando en favor del acontecimiento pensado.

Nos encontramos al nivel de la referida superficie cuando el narrador ha hecho su elección y el cuento ha sido construido. Cábenos preguntar ahora si el camino trazado resulta ser el más intenso y esférico posible, entre todos los que podrían haber sido elegidos. Cábenos preguntar si la propuesta ha sido desarrollada con cierta *intolerancia frente a los excesos*.

⁵³ IMBERT, Enrique. *Teoría y Técnica del Cuento*. Buenos Aires : Marymar, 1979. p. 111.

La propuesta de buscar el máximo de significado con el mínimo de recursos, no deja lugar a cierto tipo de intervenciones, según vimos es opinión de varios autores. El criterio que las definirá como tales, dependerá de la propia naturaleza del cuento, es decir, de la historia que cuenta y de cómo ésta llega al lector. Cada tema tiene su estética, decía Borges⁵⁴. Sin embargo, creemos que existen comunes denominadores. Cualquiera sea el tema y el estilo de nuestro relato, no jugarán a favor de la concentración e intensidad de un cuento, elementos como las redundancias, los clichés o lugares comunes y otro desvíos que hemos denominado *explicaciones*.

La señalización de tales aspectos parte de una experiencia desarrollada en el ámbito del taller literario, donde el ejercicio de “purificar” un texto partía del hallazgo de los excesos arriba mencionados. Las actividades realizadas en el ámbito de la comunicación propagandística, también contribuyeron a desarrollar una especial atención a las redundancias y a los lugares comunes. En ambas instancias la propuesta es la creación original, a partir del aprovechamiento máximo de todos y cada uno de los recursos – segundos en los medios audiovisuales, acciones en un cuento, centímetros en la prensa escrita, palabras en la construcción ficcional. Los dos ejercicios encaminan una marcha contrarreloj, cada elemento debe cargar el máximo de significado posible y su presencia debe estar justificada en relación a todos los demás componentes.

Si Ilustrísimo “viste un abrigo, una bufanda y un gorro antes de salir de casa” y agregamos que “lo hace porque está frío”, podríamos acusar el último complemento de

⁵⁴BORGES, Jorge Luis. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm> > Acceso en: 13 nov. 2006.

innecesariamente redundante. Creemos que en la bufanda, el gorro y el abrigo, está implícito, sino un invierno infernal, al menos una temperatura muy baja. De no ser así, consideramos que el narrador hubiera tomado la iniciativa de contarnos sobre el motivo que llevaría a Ilustrísimo a vestirse de tal manera en pleno verano. Este ejemplo en particular puede resultar un tanto simple, pero nos ayuda a reforzar la siguiente idea, las redundancias, presentes en sus diversas formas, son en cada caso una repetición sin novedad, una extensión sin el aporte de nueva información. Y si en un cuento no hay tiempo a perder, ni palabras a desperdiciar, podemos decir que a cada nueva oración debería corresponderle un nuevo contenido. De nada nos sirve un punto, si detrás de éste nos llega lo mismo con palabras diferentes.

Otro desvío es el que conocemos con el nombre de lugar común o cliché y que pensamos al igual que Tchekhov⁵⁵ debería ser evitado. El cliché, es “el lenguaje de la falta de sinceridad”, nos dice el escritor Alfred Alvarez, “las frases desgastadas y las metáforas que nos vienen automáticamente, sin pensar, sin cualquier contribución personal del escritor”⁵⁶. Estas construcciones, que han sido utilizadas y reutilizada al punto que cuando citadas sólo remiten a una situación que ya se tornó generalizada y vaga, no estarían aportando relevancias a nuestra historia. Por el contrario, creemos que estarían simplemente alimentando la extensión del cuento sin intensidad alguna. Decimos que “al salir a la calle Ilustrísimo estaba pálido como el invierno que lo acechaba” y la sentencia cae doblemente en el lugar común: un invierno pálido, hemos tenidos tantos, y acechadores también. Tal vez la intención era decir que no se sentía bien, que estaba enfermo, que tenía miedo y tal vez cualquiera de estas formas hubiera sido más precisa,

⁵⁵ ANGÉLIDES, Sophia. *A. P. Tchekhov: Cartas para una poética*. São Paulo: EDUSP, 1995. p. 52

⁵⁶ ALVAREZ, Alfred. *A voz do escritor*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006. p. 110. (trad. nuestra)

intensa y económica. El cliché nos incomoda también porque no contribuye con la particularidad del personaje y en consecuencia con el pequeño mundo cerrado y autónomo del cuento al que apelaba Quiroga y sostenía Cortázar.

Además de metáforas y expresiones que ya se tornaron lugares por demás comunes, también existen los clichés narrativos, que soportan ideas más completas también utilizadas hasta el cansancio. Decimos que “Ilustrísimo vagaba sin destino por las calles lluviosas” o que “al detenerse en un callejón sintió un escalofrío”. Claro que todo eso puede haber sucedido en la historia que contamos y deseamos forme parte de ella. Entonces serían más efectivas otras formas para referirlas, que hicieran del Ilustrísimo un errante con carácter, que hicieran de su miedo una sensación personal y no estereotipada.

Consideramos que también puede contribuir a la economía de los medios narrativos mostrar las cosas en lugar de explicarlas. Podemos decir que nuestro personaje caminaba con desgano o podemos mostrarlo: “encorvado, Ilustrísimo arrastraba los pies al caminar”. La diferencia entre un discurso y el otro tiene que ver nuevamente con lo específico de un relato, no se trata de cualquier desgano, sino del desgano de Ilustrísimo. Y eso lo torna particular. Aquí la economía no pasaría por la reducción de nuestro texto a menos palabras, y sí por hacer nuestro discurso más efectivo.

Las explicaciones superfluas también surgen, como hacía referencia Tchekhov⁵⁷ en la carta del 22 de enero de 1888, motivadas por la desconfianza o la incredulidad de que los personajes no sean lo suficientemente nítidos. Podemos caer en la tentación de darle

⁵⁷ ANGÉLIDES, Sophia. *A. P. Tchekhov: Cartas para una poética*. São Paulo: EDUSP, 1995. p 83-84.

un color a los ojos del protagonista y a su cabello, una altura y una edad sin que todo eso contribuya con la tensión de nuestro relato. Lo que debemos cuestionar es la relevancia de cada elemento y de la manera como se presenta.

Nuestras elecciones deben ser capaces de sustentarse por sí mismas sin dependerse en desvíos que intenten explicarlas porque así estarían diluyendo la tensión de nuestro relato. Los elementos seleccionados, hechos, personajes, palabras, deben ser tan suficientes que la sensación final sea que todo lo necesario y sólo lo necesario ha sido dicho. Muchos ejemplos de los autores citados en este trabajo nos ayudarían para mostrar – y no explicar – lo que Quiroga defendía, la negación de todos los adjetivos, “colas de colores”, que quisieran mantener un sustantivo débil⁵⁸. Tomemos prestado de este mismo escritor un argumento y supongamos que Ilustrísimo “pisó algo blancuzco, y enseguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque”⁵⁹. A partir de ese momento nuestro interés quedará capturado por los acontecimientos que le sucedan a ese hecho. No le preguntaremos al texto qué hacía Ilustrísimo en ese momento, de dónde venía ni hacia dónde iba. Probablemente tampoco nos interesará saber cómo estaba vestido, ni cuál era el color de sus ojos. Porque nada de eso es relevante para lo que el cuento nos plantea, un enfrentamiento mortal y para ello se nos han sido ofrecidos los elementos más esenciales y necesarios.

⁵⁸ QUIROGA, Horacio. Decálogo del perfecto cuentista. In: _____. *Cuentos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, s/f. (p.307-308).

⁵⁹ QUIROGA, Horacio. A la deriva In: MASTRÁNGELO, Carlos. *25 cuentos magistrales*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1979. p. 51

Trazamos dos caminos que se desvían de lo anteriormente propuesto. En el primero se advierte que las exigencias en contra de las redundancias, clichés, lugares comunes y explicaciones, deberían estar direccionadas para el discurso del narrador y no para el discurso directo de los personajes. Estos pueden expresarse con clichés porque eso hace parte de su personalidad. Sólo nos queda comprobar que el personaje en cuestión sea un todo coherente a lo largo del cuento. El otro camino dice sobre la intención del narrador en relación a los desvíos. Si por detrás de uno de éstos recursos, existe una intención, entonces tales aspectos pueden cobrar nuevo significado, abandonando su estatus de superfluos. Cuando el narrador es intruso o la ironía acompaña el relato, los clichés, las redundancias y las explicaciones pueden convertirse en herramientas de construcción. Lo importante es recordar que no habrá exceso donde haya un designio evidenciado.

*

Hasta aquí nos hemos concentrado sobre el ejercicio de una depuración del texto al nivel de su superficie, quitando los excesos que no contribuyen a su economía. Pero así como existe la vía de la sustracción por la cual es posible favorecer la concentración de un cuento, creemos que tal objetivo es factible también a partir del camino inverso. Es decir, acrecentando significado y contenido, no sobre la extensión del relato, sino en su profundidad. Recordamos la propuesta de Cortázar de construir en el sentido de una vertical, hacia arriba o hacia abajo⁶⁰. Esta vertical será trazada por el contenido sugerido, apenas expuesto, latente, que aquí llamamos de implícito y que supera el significado o

⁶⁰ CORTÁZAR, Julio. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en: <<http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647>> Acceso en: 13 nov. 2006.

información más directa ofrecida por el lenguaje. La lectura propone analizar otras posibilidades de sumar contenido, o hacer de nuestro texto un ser más complejo, como diría Borges, “de una manera secreta y modesta, de una manera no evidente”⁶¹.

“La sutileza es otro de los méritos de todo buen cuento” nos dice Mempo Giardinelli⁶², porque aludiendo traemos significado para dentro de nuestro discurso sin perder intensidad. No evidenciamos pues, ni exponemos todo el contenido de nuestro relato porque diluiríamos su tensión que vimos, también, es característica fundamental. Y además porque creemos no resulta muy sugestivo que todo se nos entregue con facilismo. Completar los espacios apenas sugeridos, vuelve más atractiva nuestra lectura. Como lectores, traemos la información escondida a la superficie del relato, a través de un acto que consideramos cómplice, intensificado por los silencios del discurso cuentístico. Claro que esta complicidad pretendida por el narrador no siempre se cumple. No somos todos lectores de todo cuento y por eso el intercambio se hará efectivo cuando lo implícito forme parte tanto del conocimiento de mundo de quien escribe como, de quien lee.

Comprendemos que los implícitos pueden construirse a partir de referencias que son independientes del cuento y que tienen que ver con el lenguaje en sí mismo. Cuando leemos que “era ella la que quería casarse”, podemos deducir también, que él no tenía mucho interés. Vimos, en los ejemplos citados sobre los excesos de las redundancias y las explicaciones, que al suprimirlas, su contenido quedaba, de alguna manera, retenido en el discurso. Implícito el invierno en las ropas de Ilustrísimo, implícito el desgano en sus pies

⁶¹ BORGES, Jorge Luis. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm> > Acceso en: 13 nov. 2006.

⁶² GIARDINELLI, Mempo. *Assim se escreve um conto*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994. p. 29

arrastrados. Pero a esta altura de nuestra reflexión, deseamos referirnos a lo implícito, a un nivel que se despega con más insistencia del contenido directo o primero, brindado por el lenguaje y que podemos encontrar también en forma de metáforas, de ironías o de *implicaturas*⁶³.

Volvemos a Borges y decimos que Ilustrísimo durmió con sus mayores, y así estaríamos siendo convenientes, según el autor, porque la metáfora nos llevaría más allá. Ilustrísimo no sólo ha muerto, ha muerto en el contexto de una creencia, de una cultura. Recordemos también, las figuras con las que iniciáramos este trabajo, un cuento es un relámpago perdurable, una pedrada en el ojo, un tremor de agua dentro de un cristal. Porque tal vez, si intentamos definirlo lo encasillamos, ya escuchamos decir, por eso las metáforas, porque dicen más, porque de cada una de ellas podríamos hacer tantas lecturas. El cuento es sutil y transparente cristal, pero concentrado al mismo tiempo como una pedrada, y es breve como un relámpago, pero intenso y por eso perdura.

Cuando un cuento se escribe, se escribe de una forma, es decir, a partir de ciertas relaciones que se establecen entre sus partes y que pueden accionar otros significados implícitos, sutiles y apenas sugeridos.

“Vera no significaba nada”, tiene un sentido claro para nosotros. Pero cuando leemos que para él “Vera no significaba nada, Vera no significaba nada...Vera”⁶⁴, podemos deducir que en el fondo Vera significaba mucho y que pese a su esfuerzo, era difícil olvidarse de ella.

⁶³ Utilizamos éste término propuesto por la pragmática, de manera simplemente instrumental. Término utilizado por Paul Grice In: *A Teoria Inferencial das Implicaturas: Descrição do Modelo Clássico de Grice*. Disponible en: <<http://www.pucrs.br/letras/pos/logica/implicat.html>> Acceso en: 13 nov. 2006.

⁶⁴ En el cuento *Ilustrísimo abre la ventana* de esta disertación. p.43

“Algunos leían las aberraciones con cariño, otros con indiferencia, otros decían que los hijos no eran cosas”⁶⁵. Decir que los hijos no son cosas nos parece una sentencia positiva, pero en esta redacción, el último comentario está cargado de malicia, ya que se contrapone al cariño y la indiferencia de los anteriores.

“Habla mijita, ¿te comieron la lengua los ratones? Hable Arregui, ¿o no estudió las fotocopias? Mujer, decí alguna cosa, ¿o te vas a quedar ahí parada?”⁶⁶. Sabemos que ha pasado el tiempo porque primero fue mijita y después Arregui y después mujer y que al mantener la misma censura para con el personaje, las voces nos muestran, no nos explican, que a lo largo de la vida muy poco ha cambiado.

El discurso irónico propone también la lectura de otros contenidos, “la decisión demora lo que la señora en dormirse, pero llega”⁶⁷, “quién no quiere verla surgir entre las cenizas de cuatro maridos y el susto de un cáncer de colon”⁶⁸, “a su mujer le debía treinta años de sacrificios, según decía ella y la madre de ella que en paz descansa ahora y Dios nunca la devuelva”⁶⁹.

Lo que más nos atrae de estas implicaturas, es que ellas son construidas a partir de la propia estructura del relato y que lo hacen al mismo tiempo tan particular, tan “sólo”. El propio cuento nos enseña sus formas y si somos los lectores para ese cuento, seremos capaces, con ellas, de deducir lo que ha sido sutilmente sugerido. Podemos quedarnos al simple nivel de lo narrado o avanzar por la superficie de la lectura, cosechando lo que aparece apenas, en el mejor de los casos mostrado y no explicado, ni evidenciado. Nos motiva reflexionar sobre este asunto, porque si bien economizar es reducir a formas breves

⁶⁵ En el cuento *Libre* de esta disertación. p.47

⁶⁶ En el cuento ... de esta disertación. p.56

⁶⁷ En el cuento *Ella y mi nombre* de esta disertación. p.46

⁶⁸ En el cuento *La vida es un carnaval, lo dijo Celia Cruz* de esta disertación. p.94

⁶⁹ En el cuento *Y vivieron como pudieron* de esta disertación de esta disertación. p.95

y concentradas e intensas y tensas, todo eso se logra también cuando conseguimos hacer presente lo que se ausenta.

Es probable que la sumatoria de todos aquellos consejos primeros, cualidades resaltadas, recortes exigidos, silencios apreciados en un cuento, puedan producirnos la sensación de que no hemos dejado mucho lugar para la creación ficcional a partir de caminos menos racionales y más intuitivos. Si bien la alusión – entendida aquí como una línea sesgada hacia el contenido - es un camino viable para respetar todos estos presupuestos, la mejor es aquella que se desvincula del propósito del autor⁷⁰. Que este pensamiento nos sirva para abrirle más de una ventana a la intuición, a la improvisación, a la creación cuentística motivada por un sentimiento, por un impulso, más que por la calculadora economía a la que hemos hecho referencia, más que por la idea de un reloj que nos avisa constantemente que no tenemos mucho tiempo para contar. Que sirvan estas lecturas y estos ejercicios para intentar alcanzar nuestro objetivo, construir un cuento esférico, tenso e intenso. Para encontrar el camino intermedio entre lo explícito y lo implícito, un equilibrio que rechace lo evidente sin caer en el cripticismo.

**

No ha sido propósito de esta reflexión, comprobar si los presupuestos teóricos citados por los cuentistas están presentes en sus propias construcciones ficcionales. Ni si eso ha sucedido estrictamente con el presente trabajo. Creemos sí que a pesar de existir,

⁷⁰ GIARDINELLI, Mempo. *Assim se escreve um conto*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994. p. 29

entre la práctica y la teoría, un espacio y un tiempo diferentes, es posible un encuentro entre ambas, sin que al mismo tiempo el resultado sea la absoluta empatía de las partes. Finalmente, manifestamos no una certeza, mas la intención, de haber creado cada cuento utilizando el mínimo de recursos para brindar el máximo de efecto, o de significado, o de información; de haber contado historias sin grandes facilismos, de haber mostrado las cosas sin explicarlas, sugiriendo sin evidenciar. Porque en ese diálogo que es la ficción, la complicidad es un placer al nivel de su lectura, y tan sensible al mismo tiempo durante su construcción.

Ilustrísimos, nada se pierde.

El vino que pagué yo,
con aquel euro italiano
que había estado en un vagón
antes de estar en mi mano,
Y antes de eso en Torino,
y antes de Torino, en Prato
donde hicieron mi zapato,
sobre el que caería el vino.

Jorge Drexler

La ciénaga

La nube de mosquitos avanzó por el pantano. Más arriba el cielo, más abajo agua. Sobre lo que resta del rancho, parada debajo del alero, ella espera que la vengán a buscar. Hace días el hombre subido a su lancha inundó de miedo la ciénaga. Llegó una madrugada y junto a aquel árbol dejó caer un cuerpo. Ella lo vio. El cuerpo era de mujer, seguro, por el color de la piel, delicada, por el cabello largo, rojizo. El cuerpo cayó sólido al agua y después de unos días, después de la lluvia, el agua se movió. Ella dormía sobre los tablones cuando sintió un golpetear debajo del rancho, debe ser un tronco, pensó, pero antes de convencerse, el miedo ya la tenía agarrada de los pies y de las manos. ¿Y si fuera él queriendo matarla también? ¿Y si fuera la mujer muerta? ¿Furiosa, vengativa?

Usted quiere conocer la ciénaga, se le nota en la cara. Pero es difícil llegar. Vivo allí hace años, años sola y cada vez que vuelvo a mi rancho me pierdo. El agua cambia constantemente de lugar, con cada lluvia, un plano nuevo. A veces me quedo en mi lancha a dormir porque se hace la noche y no encuentro el rancho. Un día de éstos lo invito a conocer mi lado de la ciénaga.

Después del miedo vino el sol y entonces se liberaron sus pies y manos y pudo levantarse hasta la puerta y abrirla. La mujer muerta estaba ahí, sin furia, ni venganza. Estaba tranquila, asumida en su desgracia. Ella le habló. Le pidió que se fuera, que le daba miedo tenerla ahí. Le pidió a ella y al cielo que lloviera y que las aguas nuevamente se movieran. Pero las aguas no se movieron. Los días pasaron, los mosquitos se fueron y la mujer muerta seguía allí. El cuarto día como el tercero y el anterior, fueron de largos monólogos. La mujer muerta no gesticulaba ante la tristeza de ella, tampoco frente a la soledad de las dos. Ella se subió a su lancha y viajó por horas. Todavía era de día cuando

llegó a donde iba. Se bajó y caminó otro poco. Los mosquitos ya no estaban cerca, se habían quedado todos allá, cuidando a la mujer muerta.

En el bar está Usted, me sorprende su interés. ¿Acaso ya está listo para irnos a la ciénaga? Debería cubrirse los brazos, hay muchos mosquitos, ha llovido, está lloviendo. Ojalá que eso no nos demore. Si sucede, tendremos que dormir en la lancha. Pero beba, beba tranquilo no más, yo no tengo reloj ni apuros.

La noche cerrada de agua y calor, la lancha que se mueve. Ella lleva un bulto grande y en aquel árbol se detendrá. Arrojará el cuerpo al agua y se irá. No sin antes mirar para el rancho. La mujer estará allí, todavía muerta, todavía delicada, esperando que alguien la venga a buscar.

EXIT

La señora de al lado me pide un cigarro y le digo que no fumo. Se enoja. Esta es la sección de fumadores, me dice. Le explico que del otro lado no había lugar y que me ofrecieron ese asiento. Ahora está indignada. Ella no puede fumar en el sector de no fumadores, pero yo tengo permiso para no fumar en el lugar que es para fumar. El señor de mi derecha dice estar de acuerdo con la señora y le ofrece un cigarro y entonces ambos fumadores compulsivos se olvidan de mí y se enroscan en un debate sobre las reivindicaciones sociales. De la igualdad de espacios públicos el asunto pasa al atraso cambiario, la deuda externa, los exiliados de la dictadura, el holocausto judío, Clark Gable en Lo que el viento se llevó, la juventud está perdida y el aborto. En menos de lo que dura mi disco de Guns N' Roses, ellos se fuman una caja entre los dos. Se fuman todos los cigarros y después se fuman la caja que contenía los cigarros. Cuando se acaba la caja, deshojan la hermosa planta que está sobre la mesa ratona, y también se la fuman. Se fuman las hojas de las revistas sociales, que todavía tienen a Lady Di luciendo un modelito de Armani. Se fuman los documentos que tienen en las manos y los posavasos de cartón. Ahora están en lo mejor de la conversación, así que escondo mis comics. Ella le habla de sus problemas de pareja, él le jura que nunca le haría algo así a una mujer que él amara, pero que nunca amó antes y que cada día que pasa pierde las esperanzas de encontrar a su mujer ideal. Ella le pasa la mano por la espalda y le sugiere seguir con las cortinas. Las cortinas se consumen ahora entre el llanto emocionado de ella y el hombro consolador de él. El tema en discusión: la hipoteca de la casa. Cuando deja de llorar, ella levanta la cabeza buscando algo más para fumar y ve que la moquete está despegada en un rincón de la sala. Me obligan a levantarme y a arrollarla. Ahora fuman el gran habano y discuten

sobre la política internacional de Estados Unidos y el aislamiento de Cuba. Saco el disco de Guns de mi discman y pongo otro de The Doors. El humo en la sala sólo deja entrever las siluetas de nosotros tres. Pienso, se me ocurre, si prendo lo que me queda de fazo no les va a importar. Pero me equivoco. La señora siente el olor como perro de aduana y se me tira encima. Peleamos, rodamos, me gana. Con el fazo en la mano da una pitada larga y aguanta. De golpe me parece una hippie. El señor le hace una seña para que le convide pero ella se niega y se ríe. Él se incorpora y se pone en posición de ataque. Ahora el tema es la democracia en tiempos de crisis. Ella le dice que nunca fue socialista, él que recuerda haber vivido en un país mejor. La puerta de la sala se abre de golpe. Tranquilos, somos los bomberos. Nos sacan. A mí corriendo, al señor en camilla y a ella riendo.

¡God save the Queen!

Me quiero casar antes de sentir la mínima necesidad de comprarme un gato o empezar a tejer. El otro día pasé frente a una mercería y me dieron ganas de hacer croché. Crucé la calle enseguida y me metí en un bar. Tomé todo lo que pude pagar, nunca tuve mucho aguante. Amanecí con un tipo al lado, no sabía dónde estaba pero aquel no era mi cuarto y en aquella posición, no acostumbraba dormir. Estiré el brazo para levantar la sábana y vi la cosa peluda que roncaba al lado. Al final, el croché hubiera sido una mejor opción. Me levanté y junté mis cosas, salí a la calle y me subí al ómnibus. El día ya empezó, otro día. Me dijeron que estaban precisando una moza. Yo no tengo mucha experiencia pero soy rápida para aprender. Esa frase la saqué de una película que vi anoche. Me río. Sí, yo también la vi, una mierda. Siempre pasan esas mierdas cuando uno no se puede dormir. También se ríe. Bueno, empezás mañana. Vení con el pelo recogido y las uñas cortas.

Ese disco de Belle & Sebastian, hace dos semanas que lo venís escuchando, ¿no querés que te preste uno de los míos, Matilda? No, gracias, prefiero que me digas qué te parecen mis uñas. Masculinas. Es que mañana empiezo a trabajar en un bar. Mañana la cosa se pone diferente. Entiendo, entonces mañana también podés cambiar de disco, tomá, te presto este de Maria Callas. Vos estás muy mal, ¿cuándo empezaste a escuchar Maria Callas? Cuando se me acabaron las opciones y el dinero para comprarme otras. Es bueno cambiar, tomá es cultura. ¿Ustedes son todas así? Cambia, todo cambia. Me hacés acordar a Mercedes Sosa. Si preferís Mercedes también tengo un disco, ¿querés? No Fany, prefiero quitaesmalte.

La pareja como los perros, después de tres vueltas a la mesa encuentran la ubicación perfecta y se tiran sobre las sillas. Ahora lo único que falta es que se duerman. Les pregunto qué se van a servir. Yo quiero un expreso y para ella un café con crema. ¿Con azúcar o edulcorante, señora? Azúcar, nena. La señora me mira a la altura de los senos, voy y vuelvo con el pedido y me sigue mirando. Extiende su mano y me agarra la manga del buzo sin sacar su mirada de mis senos. Tiene las uñas muy bien hechas. ¿Dónde se hizo las uñas? ¿Dónde te compraste este buzo? Lo hice yo, es croché. Hermoso. Las uñas me las hago yo, soy manicura jubilada. Se lleva la taza a la boca con un pulso brillante. Tendría que haber cambiado de disco. Disculpame, ¿me vas a atender algún día? Gracias. Voy a querer un sándwich vegetariano con pan integral y un jugo natural, pero te pido por favor, decile al chico que lo hace, que le saque las semillas a las naranjas antes de meterlas en la juguera, porque las semillas le dejan un gusto medio amargo y como yo lo tomo sin azúcar...Te dije que lo quiero sin azúcar ¿no?

¿Querés llevarte otro además del de Maria Callas? Los Quincheros, Manzanero, Palito Ortega... Voy a ir a tu cumpleaños con unas amigas, si no te importa Mati. ¿Por qué me decís eso, Fany? Nunca me importó que fueras con tus amigos. Te voy a llevar un regalo. No gastes plata, mejor llevá cerveza. Además de la cerveza. ¿Cómo te va en el laburo? Bien, mal, bah qué se yo, todos los días lo mismo. Por lo menos como gratis y dejé de hacer croché.

Abro la puerta y ahí está Fany con sus tres amigas, Kelly, Sally y Sussy. Me preguntan si molestan, les digo que no, que son bienvenidas y que mi casa es su casa y que hay bebida en la heladera y que esa gente amontonada en el sofá son compañeros de

trabajo, que mañana en el trabajo seguro, van a comentar que mis amistades no se definen sexualmente. Pero igual pasen y traten de sentirse cómodas. ¿Este es mi regalo? ¿Cómo sabés? Por la moña, Fany. Qué despiste. ¡Feliz cumple, Mati!

El del ómnibus me mira raro. No se puede subir con animales, nena. Es que está enfermito, no lo puedo dejar solo en casa, ¿entiende? Le invento una historia, le digo que una vez lo dejé solito en casa y que cuando llegué estaba paradito en el borde de la ventana y que parecía se iba a tirar. El veterinario dice que es depresión. Muchos animales la sufren igual que la anorexia y la bulimia y otras tantas. No lo puedo dejar solo. ¿Entiende? El buen hombre sacrificado y trabajador entiende y me deja pasar. ¿Cómo se llama el gatito? No le pude mentir. Cuando llegué a casa me dieron unas ganas incontenibles de escribir. Mary Sherry era un gato travestí que sufría de depresión. Luego de varios intentos de suicidio, desistió. Fue atropellado por el camión de bomberos que venía al rescate de su dueña Matilda Ferrara. Dejé de escribir. Estoy parada en la cornisa del edificio. Maria Callas está gritando desde las dos de la tarde. Mary Sherry me abandonó. La vida a veces no cambia. ¿Eso es una sirena?

Llega el carro de bomberos con los bomberos y con Fany adentro. Fany se prende de uñas y garras a la escalera de emergencia y empieza a trepar. Llega hasta donde estoy pero igual me grita como si todavía estuviera allá bajo. ¡Mati bajá! ¡Bajá Mati! ¡Bajá por la escalera, Mati bajá! No me quiero bajar, me quiero tirar, ¿te podés correr? No me entiende, sigue agitando sus manos muy arregladas y su pelo batido y el viento que hay acá arriba le vuela las mangas de seda del vestido. Fany se maquilla mucho, pero la nuez es la nuez. ¿Por qué no usás pañuelos? Porque eso sería negar lo que soy. ¿Quién te entiende a

vos? Abrí los brazos y me dejé caer, pero los bomberos son buenos bomberos y tienen una lona elástica muy buena que importaron de Taiwán. Así que no me muero, sólo experimento la caída libre por unos segundos. Me están subiendo a la ambulancia, debajo de la rueda del camión de los bomberos hay un bulto peludo aplastado. Qué bueno, ya me puedo casar.

*i***Ilustrísimo abre la ventana**

La abre de día y después al medio día. Vuelve a abrirla a la tarde y también más tarde. Abre la ventana con entusiasmo, con desespero, con un poco de vino y un cigarro en la mano. Abre la ventana cuando está solo, cuando está desnudo y cuando usa perfume. El mismo perfume que se compró en el freeshop la última vez que viajó a Buenos Aires y caminó por la Boca, entre las callecitas de colores que están llenas de ventanas.

Ahora se acuerda del hotel y de que cómo, por la ventana, conoció a Vera. Vera lo saludó efusiva, venía de un tango-bar. Ilustrísimo creyó que Vera estaba borracha. Vera lo saludó desde la calle empedrada y humedecida por la llovizna invernal, le habló y lo invitó a bajar, le dijo que bailaba. Después comieron juntos, hablaron juntos y por separado, se rieron al mismo tiempo, caminaron, discutieron y durmieron en la misma cama, hasta que *el sol salió*. La luz fue para los dos, pero la ventana y la cama seguían siendo sólo de Vera.

Ilustrísimo se fue, despacio, dejando una nota sobre la mesa de luz. “No me busques, no me llames, esto no va a funcionar”. Se acordó de Fito y de Charly, hubiera preferido escribirle una canción de despedida, pero definitivamente, él no sabía escribir bien y tampoco sabía nada, ni de Fito, ni de Charly.

Caminando por Santa Fé, llegó al centro y se tomó el último café argentino. No quiso escuchar otro tango y por suerte, por la ventana del bar, no estaba lloviendo, no había personas caminando, ni perros solitarios, ni nada que le obligara a dibujar. No estaba triste, ni melancólico. Vera no significaba nada... Vera no significaba nada... Vera.

El barco que lo llevó hasta su casa también tenía muchas ventanas. De aquellas redondas y pequeñas, de las otras cuadradas y más allá, de las enormes, desde donde pudo ver todo el sol. El mismo sol lo despertó hoy con un poco de frío. Se había olvidado de cerrar la ventana. Hace horas que está ahí sentado, mirando hacia fuera, fumando, tomando vino. Piensa que su perfume es bueno, que los dibujos que hizo de él dibujando a un perro en una calle mojada por el invierno de Buenos Aires, también son buenos. Piensa que el aire es bueno y que hubiera sido bueno quedarse unos días más con Vera. Piensa. Después se viste. La ventana quedó abierta. La puerta también.

Ella y mi nombre

Le digo medio recitando, *si te quiero es porque sos mi amor mi cómplice y todo y en la calle codo a codo somos mucho más que dos*, y me responde que ya conoce esa canción, que la escuchó, que la música es tan bonita. ¿Y la letra? Reclamo atención, insisto sobre lo que importa. ¿Qué le parece la letra? Levanta rápido los dos hombros cortitos y me dice que le parece bien, me lo dice con la ene arrastrada mientras piensa un poco, pero nada se le ocurre salvo repetir que la música es muy, pero muy bonita. Y uno trabaja tanto para ser poeta, para editar y que lo lean y ahí viene un burro con nociones de La mayor, Fa y Sol y le hace una musiquita a mi poema y todos cantan y de golpe se me escapan las palabras de la cabeza:

– De nada sirve hablar con mujeres de la edad de mi madre, todo lo que es cantado y no conocen les parece bonito.

– Grosero – me devuelve ahora con los dos hombros que ya le tocan las orejas. Aún así no consigue pasar de la altura de mi pecho. Barbudo jipi, agrega y aprieta el botón para que venga la señorita Guadalupe Prolijidad Algorta, azafata de esta aerolínea desde hace ya dos años.

Con su dedo minúsculo y tenso señalándome, le dice que éste muchacho la está molestando. Guadalupe me mira y creo que me reconoce porque abre mucho los ojos y un poco la boca. Se quiere morir, dice. Y se pone las manos en los cachetes, pero lo colorado se le escapa y le llega a las orejas. Me conoce, ahora le sale de la boca nerviosa, me encantan tus cuentos y tus poemas y... Guadalupe es muy atenta y eficiente. El tiempo le alcanza para servir el almuerzo aéreo y charlar conmigo un poco. Me sube la dignidad cuatro grados. Tenía que ser joven, para comprender la materia, la fuerza, el espíritu.

Parece que lleva un libro mío en su cartera y quiere que le dé mi autógrafo cuando aterricemos. Le digo que por supuesto y giro la cabeza para ver al gorrioncito de setenta, agotada por tanta inmoralidad. Dos jóvenes entendiéndose y ninguno le da la hora. ¿Vio como hay gente que valora? La señora insiste con que este muchacho le faltó el respeto, *mijita*. No se llama mijita, señora – y le señalo el cartelito tan bonito y dorado que dice Guadalupe, la que lee mis libros. Pienso en voz alta que un café antes de que el avión vuelva no estaría mal compartir. Me sonrío, así que le muestro mi último libro editado y lo prometo como regalo. La decisión demora lo que la señora en dormirse, pero llega. Hoy Guada y yo somos grandes amigos, a pesar de mis insistencias. Cuando ella viaja a París me cuenta que mis libros están por todas partes y que la musiquita también se escucha en Europa y que a todos les parece bonita. Eso ya no me hace menos feliz.

Libre

Lo único que tenía eran dos ojos grandes y medio grises, que cuando el cielo era generoso parecían un poco azules y era el momento en que la madre la sacaba a la calle para que todos la vieran. Miren que linda *la muñequita que Dios le había dado, de ojos azules y aterciopelados*. La llamaban en el pueblo Pequeña Musa, después del librito editado manualmente y con un tiraje de dieciséis ejemplares que, entre el carpintero amante de alguien y el panadero gladiador, le habían montado de regalo de cumpleaños con los poemas que su madre le escribía. Algunos leían las aberraciones con cariño, otros con indiferencia, otros decían que los hijos no eran cosas.

Cuando Libre cumplió los cuatro años su madre perdió las esperanzas:

– Tus ojos no van a cambiar más, te vas a morir con la mirada triste, oh pequeño cisne – y corría la mujer para su cuarto porque ya le saltaban las palabras emocionadas de la boca y precisaba papel para contenerlas.

Libre había tenido un hermano más grande, que ya no estaba por ahí, según le habían dicho, por mochilero y testarudo y porque había dejado las tierras de familia para descubrir los mundos de otros. Le hubiera gustado recibir visitas por la ventana, de palomas con mensajes de su hermano, con cartas y cuentos y palabras menos emocionadas y más emocionantes. Pero el silencio duró tanto tiempo que dejó de mirar el buzón. Quería salir volando, con las palomas y sin ellas, para ver si su hermano todavía andaba por ahí. Y por ahí un día de otro cumpleaños le regalaron la verdad. Se aventuró por indignación y un poco de tristeza a escribir sobre ella, sobre los otros y sobre su hermano. Le escribía al carpintero que a esa altura ya no tenía amantes y al panadero gladiador, cuya figura esbelta con los días de los años, se había escapado en vaya a saber

qué direcciones. Las hojas fueron varias, y entre nubladas y de sol radiante, consiguió que la leyeran en el pueblo y en el otro, y en otros más lejos que al hermano seguramente le hubiera gustado conocer. Libre escribe y viaja, montada en sus dos ojos de mentira, tan bien mentidos que la protegen del mundo que no quiere ver.

Putita

De golpe, lo que tienen en común ya no alcanza y lo más cotidiano que comparten es la cama y las facturas a fin de mes. Él disfruta los motivos para ausentarse en casi todas las cenas que ella prepara. Ella sale poco porque le da pereza ir no sabe a dónde para hacer no sabe qué. Y ninguno de los dos cuenta con la paciencia y el tiempo libre que ella se gana en esa hibernación, mientras teje todas las ideas posibles y suma y resta las monedas que puedan cambiarle la vida. Le llama la atención la cantidad de veces que el dinero ha cambiado sus formas, dibujos y tamaños desde que empezó a contarlo. Su abuelo sepiá coleccionaba monedas y era el único capaz de despertarle el deseo de una vida mejor. Su madre se había muerto cuando el tiempo todavía no las había hecho amigas. A su padre nunca lo había conocido, culpa de él y además, ella ya no se interesaba.

Se levanta para ir al baño y hacer ruido en la ducha mientras él se toma el café y sale apurado con toda la intención de despedirse, pero ya estabas en el agua y si abría la banderola se mojaba todo y hoy también tiene reunión. Así que llamame cualquier cosa al celular. Pero el celular está todo el día fuera del área, hace meses que está así y no pretende avisarle, ni sugerirle que lo prenda o que se quede más cerca.

Las monedas de cada mes las cambia en el super de la esquina donde además de fiarle algunos favores de la canasta familiar, el dueño le pide que ella diserte sobre su pequeña peluca. ¿A usted qué le parece? Mi mujer se queja porque no entiende nada de arte, ni reconoce la calidad cuando la tiene en la nariz. ¿No es arte este trabajo? Mire, si ni parece que la tengo puesta. Ya no sabe qué más decirle a Roger, que su criterio de la estética está fuera de cualquier padrón de ésta y todas las civilizaciones posibles sería una

crueldad. A pesar de ser un lugar tan común como un alma caritativa y bruta, Roger se ha convertido en una descarga, por eso ella le habla de su peluca y de otros asuntos de interés internacional, mientras Roger le sigue fiando.

Ella hace economías casi de guerra y el otro llega a casa tan monótono y grosero como ayer. Sin muchos contenidos pero con un cansancio de locos, repite los mismos gestos que la dejan afuera de cualquier compañía. Y ella parte el huevo de pascuas que Roger le regaló, sobre la mesa y le quita el conejito dibujado y las flores de azúcar que a nadie le gusta comer. Tal vez mañana la oficina lo libere a tiempo para la cena y tal vez el valium no sea necesario. Y entonces podrá ser noche de sexo, sin saber realmente por qué. Después de la gloria masculina podrá pedirle algunas monedas a más y a pesar de la desconfianza el dinero se hará efectivo por la mañana porque él es el hombre. Después, volverá a salir apurado y ella abrazará su alcancía en paz.

Hoy de tarde cuando visita el supermercado, a ver qué se puede llevar a cambio de un nuevo elogio, se encuentra con un Roger desalineado. Él le confiesa preocupaciones en gran escala. Que la cosa es crítica, que tiene deudas y que si el dinero no aparece. Tuvo que cobrarle de apuro a todos los deudores y que por suerte todos le pagaron, pero con ella es diferente, porque los une una sincera amistad y ella es una mujer inteligente, interesante y al final de cuentas que el dinero no es todo en la vida, así que podrían arreglar de otra manera y que precisamente en este momento, su señora no está en la casa. Ella aprieta el litro de leche contra el pecho asustada y deja caer la flauta. Duda con los dos ojos y por eso Roger saca el cuaderno de las deudas de la caja registradora. Aparecen las decenas de garabatos apurados que sólo señalan una mano, un bolsillo, una alcancía. Entonces van para la casa después del cartel de ya volvemos. La parruqueta es lo primero

que se desprende de Roger. A la semana siguiente, algún cambio en billetes que ella se digna a pedir. Después de dos meses, un anillo que no puede usar porque sino el marido, porque sino fin de la aventura. Roger entiende, feliz de haber conquistado la ternura de una tortuga como Sonia y Sonia hace tasar la joya que resulta ser verdadera. Y a los pocos aprende a convivir con el asco del supermercado y el de su propia cama, mientras la chancha se llena. Y como suele suceder en el amor, Roger se acostumbra a Sonia y un día comienza a reclamar desde la caja registradora, que es tarde, que está despeinada, que hace más de setenta y dos horas que se compró una parruqueta nueva y todavía no le ha dicho nada y que su señora se fue a Mercedes a ver a su hermana por dos semanas. Sonia se cansa, pero falta tan poco para que la chancha reviente. Ahora va todas las tardes cuando Roger despacha a la clientela fija y marca hora de la siesta, nueva normativa de la casa, señora Ramírez, sepa disculpar. Las puertas se cierran delante de la cara de Sonia y Sonia cumple con lo que le piden y cuenta sus monedas. El tiempo pasa tan despacio para algunos y tan rápido para otros, le había dicho Roger el lunes, cuando su mujer ya estaba de vuelta.

Y un día del almanaque la chancha revienta. Sonia es vista por última vez como todos los desaparecidos y en el canal cuatro, horario central, sale su foto. El grosero descreído revuelve la bronca entre las pocas bombachas que quedaron, a ver si encuentra cartas o perfumes importados que él nunca le hubiera comprado. Pero sólo da con el recibo de Casa Marió donde Sonia empeñó el anillo, porque en el fondo le tenía aprecio a Roger. Y otro día suena el timbre en la casa del grosero. Es la señora de Roger que ha decidido solidarizarse con el vecino y lo visita con un budín inglés porque ya es Navidad y porque ella entiende la angustia que debe sentir, que injusta es la vida. Al té negro le pone

azúcar y agrega una sonrisa piadosa, pero la cabeza del grosero está ausente, fija sobre la foto de Sonia. Y los ojos de la señora de Roger se llenan con la imagen de la novia feliz, joven, inteligente y con el recibo de Marió que descansa al lado y con un anillo, que de golpe le parece tan familiar como la mano derecha de su difunta y querida madre.

De pie frente a la caja registradora, el grosero pasa las hojas de la libretita, mientras la señora de Roger abraza el anillo contra el vientre y mira a su marido con el único ojo que la rabia le permite abrir. Roger está colorado, dice que le falta el aire y se cae agarrándose el pecho con las dos manos. Vuelan chicles, afeitadoras en oferta y las figuritas de Supercampeones y aún así, la única que le cree es la señora Ramírez y si no fuera por el celular que le compró el hijo por cualquier cosa mamá, la ambulancia no aparecía con bombos y platillos. Un escándalo, abran paso, no molesten. Se llevaron a Roger con mucho cuidado, pero se olvidaron de su parruqueta.

*ii***Ilustrísimo y la pasión sin fronteras**

Ilustrísimo le dice a su terapeuta que Abigail es precisamente el nombre que nunca hubiera elegido para aquella planta. En realidad, nunca hubiera elegido una planta para poner en aquel rincón. Pero ella está contenta, ahora tiene con quien hablar, sin molestarlo las tardes de domingo cuando llega con el quilo de masitas surtidas de la confitería Asunción, *un mundo de delicias para toda la familia*.

El diario sobre la mesa y sobre el sofá la mamá porque justamente hoy es domingo. Llega Ilustrísimo con un abrazo y un cómo va todo y enseguida se arrepiente. Ella le dice algunas cositas de los dolores, los basureros, el tiempo, el gato de la vecina, la cuenta del gas que sube y que sube, del arroz que preparó y que se le pasó como el domingo pasado y que pasado mañana va a visitar a Mirta.

– Mirta se murió hace un año, mamá.

La mamá recibe la noticia por cuarta vez de lo que va del mes, pero todavía la conmueve, entonces llora y él la consuela. Le dice que trajo masitas surtidas y ella se siente mejor. Toman té, tiran el arroz a la basura. Después él se queda dibujando y fumando lo de siempre mientras ella conversa con Abigail. Al principio le susurra, le cuenta cuentos, se ríen juntas. Pero de repente y sin motivos aparentes Abigail la ofende. Ella la rezonga, después le pega, ahora le arranca las hojas y se las come. Son venenosas, mamá. Por eso él se levanta y la abraza, lo importante es tratarla con cariño. Pero mamá no le corresponde, sigue matando a Abigail. Ahora Ilustrísimo intenta meterle una masita en la boca. Mirá que rico, mirá que dulce, es para toda la familia, mamá. Ella no lo escucha, le grita a Abigail, maldice a Abigail y sólo piensa en Abigail. Ilustrísimo suelta el diario y sujeta a

mamá con un brazo y a Abigail con el otro. Las contiene, las separa, las arrastra hasta la ventana. Mamá y Abigail intentan soltarse, pero Ilustrísimo tiene brazos fuertes. Ahora están las dos con los pies al abismo. La primera que deje de gritar se salva. Abigail pierde la maceta, mamá las pantuflas. Después mamá se duerme, y Abigail es abandonada en un terreno baldío. Nadie sabe que pasará con Asunta, pero al menos no es venenosa, dice Ilustrísimo para que el terapeuta lo escriba en su block.

...

Le dice a su madre que preocuparse es innecesario, que ya lo piensan algunos, una obsesión fanática es precisa y ella precisa escribir, así que buscará, pedirá o robará, pero de algún lugar tiene que sacar la primer palabra. Mamá la mira, no entiende a su hija ni a la generación que cree representa, pero también busca, un poco por los rincones del cuarto todavía adolescente y un poco en las ropas de los hombres que trae a la casa, a ver si consigue el eje, la constante, el tema en común que pueda hacerse diálogo cada vez que se sientan a la mesa. La madre pide a gritos su propia obsesión fanática, que no la separe tanto, que la arrime un poco, a esa flaca escuálida que fuma y mueve las manos, mientras le explica cosas de Sabato, Platón y de Carlitos, el lechero:

– Porque al final hay filosofía en todo lugar, menos en la ropa de mis novios, ¡carajo!

La flaca deja la cocina, no aguanta el olor a tradición familiar. No quiere formar parte, así como tampoco quiso a los cuatro años, las clases de expresión corporal, que lo único que remarcaban, no era la linda cinturita, sino que la elasticidad no le daba para el nivel de ballet. Y ahí se pasó, meses, haciendo de pajarito, de flor naciendo, de viento y hasta de un enjambre de abejitas.

– Se trata de la expresión, dejen que el cuerpo las lleve, sientan el aire en su rostro, ustedes son las obreras que cargan miel.

No merecía esa fanática obsesión ajena, por qué estaba siendo castigada, cuál había sido la falta. Y no pudo contener la primer palabra que le causó alguna cosa más real, más posible: abeja. Que tenía una jota y que si la apretaba con fuerza acababa pareciéndose a las personas que viven en España. Y jugó un rato con su palabra mágica y

en unos segundos ya había dejado de bailar con el enjambre y tenía la historia completa de una Gran Colmena que luchaba bajo su comando contra el hormiguero ladrón. El resultado, una agresión histérica contra la profesora francesa, que no paraba de gritar una serie de inentendibles palabras, mientras intentaba despegar de su cuerpo todo arañado, la pequeña versión de insecto obrero.

De esas primeras palabras y de muchas otras no se olvidó nunca. Cuando bajaba para desayunar esperaba que le dijeran buenos días, odiaba empezar ella con saludos irrelevantes. Y así se quedaba por minutos sin levantar la vista de las dos galletitas con manteca, que el padre, en forma de ritual, le dejaba preparadas al lado del café, pensando, buscando su primer palabra del día. Hablá mijita, ¿te comieron la lengua los ratones? Hable Arregui, ¿o no estudió las fotocopias? Mujer, decí alguna cosa, ¿o te vas a quedar ahí parada? ¡No le hables así a tu madre!

Al final que se paseaba entre tentativas y arreglos, pero nunca estaba satisfecha ni ella ni los otros y los otros que por fuera la miraban mal la interpretaban. Ahí va la que le gusta usar palabras difíciles, pobre, erudita se cree, se piensa, esa ni piensa. Y si realmente supieran que no era el contexto, ni el conjunto ni colocar con, las líneas y más líneas, pero sí la primer palabra, la única que le importaba. Se le pasaron los años de guacha, de crecidity, de ya sos una mujer, juntándolas. Hoy decidió escribir el Gran Diccionario Arregui, por honor a su familia que durante años intentó entablar diálogos originales con ella. Y aunque su madre no la entienda, se queda en la cocina cuidando su olor de cigarro, esperando a que vuelva para el almuerzo.

La flaca sale a la calle sin trancar la puerta, con las hojas sueltas de las mil palabras, buscando en la boca de los otros la coincidencia que le permita empezar de nuevo.

A los condenados de siempre

Alguien tendría que haberle advertido sobre esa forma de vestirse inadecuada para la ocasión y para el honor de toda su familia. Durante seis meses la pareja había discutido la lista de posibles nombres, entre los que el padre del padre de su padre, parecía también tener derecho en titular a la inocente criatura que venía en camino. El lecho celeste rodeado de diseños automovilísticos y demás masculinidades atormentaron al niño desde su primer mamadera. Con los años llegó la inevitable pelotita de fútbol y más tarde el conjunto completo de Batman, aunque él hubiera preferido algo más sofisticado con apenas cuatro años. Las primeras delicadezas le merecieron la escuela militar y las segundas la expulsión del hogar. Los tacos le lastiman los pies, ¿será por el juanete o debería haber comprado un 42? Las miradas clavadas en su nuca, en sus zapatos, en su Chanel, en su moño y en el maquillaje que por más estridente no le cubren la verdad. Ahora no hay arrepentimientos, deberá caminar por entre los metros de flores, personas curiosas, conocidos y nunca vistos. Él está allá en el altar. Qué chiquito se ve, piensa, chiquito e insignificante. ¿Valdrá la pena todo este esfuerzo? Son tantas las cámaras de televisión, tantos los reporteros, los flashes, las preguntas, las entrevistas exclusivas, los auspiciantes, las comunidades marginadas y hasta organizaciones no gubernamentales dispuestas a comprar su imagen por contrato de nueve meses. *Piensan adoptar, ¿sabías? Parece que ahora, además de tortugas y perros, también pueden criar hijos.* Su futuro marido la había torturado con el problema de servir canapés de salmón o arrolladitos primavera. A mi tanto me da, le dijo, con el corsé no voy a poder probar ni una empanadita. Donde hay amor hay tolerancia. *¿Me pregunto dónde estarán los padres, los abuelos y los colegas de trabajo tolerantes?* No pudieron venir, seguro que por el trabajo, el reuma, el paro general de transporte o porque es mucha la emoción.

Pero si está tan bonita. Ahora parada en el altar de la victoria, Victoria se siente realizada. ¿Te digo una cosa? Yo no hubiera elegido ese Chanel, está muy pasado de moda.

Hawai 35°

Robó el banco a la cinco de la tarde. Ahora, en el escondite, él se acuerda que dejó caer accidentalmente una foto de su mujer y sus dos hijas cuando intentaba sacar el arma de su bolsillo izquierdo. La policía las identificará y las encontrará. A la mujer le preguntará si conoce a “este hombre”. “Ese”, dirá ella, “se fue hace cinco años y me dejó dos para alimentar”. A las pequeñas les preguntará si han visto a su papá. Ellas responderán que su papá es ese gordo que está sentado mirando tele y tomando cerveza, el mismo que hace seis meses parece no tener tiempo para buscar un trabajo pero sí para meterse en sus cuartos y jugar a que son mejores amigos. Luego dirán que ese papá las quiere y mucho.

El escondite es un lugar frío por eso se acuerda de su casa, que es tibia pero ya no es suya. “Esta casa es mía”, les dirá el gordo a los policías. La mujer lo mirará y recordará por qué también odia tanto a éste marido. “De saber algo, los llamo enseguida, señores”. Ella no está pensando bien, pero él lo hace desde su escondite. Piensa que es mejor no aparecer todavía, a pesar del dinero que ahora tiene, de la casa nueva que podrían tener juntos, del viaje a Hawai que podrían hacer, del colchón de agua y el sofá reclinable que podría regalarle. A pesar de ella queriendo todo eso y de él pudiendo dárselo. A pesar de sus niñas que una vez fueron tan dulces. A pesar de los cinco años, a pesar del gordo y del robo. El teléfono suena por cuarta vez pero la voz del otro lado no habla. Debe ser “ese”. Sí, es él. El gordo se levanta del sofá, le grita a ella y al teléfono, golpea el tubo negro contra la pared y cuando se le cae el tubo continúa golpeando en el vestido negro de ella. Las dos niñas se retiran al cuarto, de todas formas papá siempre tiene tiempo para todas. Todas que en el fondo lo quieren trabajando para poder tener un poco de dinero y poder

irse a Hawai. El tubo sigue en el piso. Él no habla pero escucha. Ya debería colgar, el teléfono debe estar intervenido, pero antes quiere saber si el gordo dejará de pegarle a su mujer. Quiere saber si su mujer aún respira, si es feliz, si a pesar de todo volvería con él. Ya debería colgar, sí, la policía que es inteligente tarde o temprano lo atraparé, porque además de la foto que dejó caer en el banco, del arma que sacó de su bolsillo también se le escapó una bala, que ahora está en el pulmón de la cajera. La cajera que nunca más podrá respirar sin ayuda.

Cada vez hace más frío en el escondite. Las manos se le congelan agarradas al teléfono, pero igual se queda escuchando la secuencia de golpes, hasta el último, el más seco. Después un portazo y después nada. Tendría que haber cortado, seguramente ya lo han rastreado. La policía además de inteligente es muy rápida y por eso ya está golpeando la puerta, una y otra vez. Nadie responde, así que primero usa la amenaza y después la fuerza. Entra. Sobre la alfombra, está ella, fría y muerta. En el cuarto de las niñas, con las niñas, está el gordo. En el escondite está él, con el teléfono en las manos, temblando y llorando, piensa que en Hawai siempre hace calor.

*iii***Entre la mesa de luz y la cama**

Está caído el despertador, que seguro era negro, porque se le nota el mal pintado de plateado y tiene mucho esfuerzo dibujado encima en forma de pequeñas ventanas, todas de diferentes colores. No funciona porque las pilas están caídas también, cerca de las canson blancas, acuareladas, todavía frescas. Los pinceles están ahí desparramados alrededor de una cucaracha bien muerta, bien seca. Cerca, un vaso con agua turbia de dos semanas de óleo y acuarelas. Un cenicero sobre la mesa de luz, sin cigarros, sin ceniza, sólo con tabaco desarmado y hojillas repartidas. Entre las fotos de varios, de a pocos, está el cuaderno abierto en una página escrita por la mitad. Borriones, flores, rostros y arabescos de Pilot azul. Una gota de vino tinto entre las letras, escurrida página afuera va a dar al rostro de una foto que justo es en blanco y negro. La ventana está abierta y las cortinas rojas se mueven, golpeando los libros de teoría que están en el escritorio. Dentro de un florero, que la cortina también golpea, hay tres jazmines, que están muy blancos, como si fueran de recién. Una abeja los molesta pero no pica. Sobre la hoja A1 que está en el escritorio hay un paisaje a medio hacer. Tiene casas y ventanas y personas dentro de las ventanas. En una de ellas hay un florero con jazmines y una abeja. En otra, una cama y una cucaracha, en la tercera hay una cortina roja y un muchacho parado al lado, está tomando vino y mirando las fotos de muchas personas juntas.

Bateros Unidos S.A.

Renato toca la batería con las dos manos desde hace ya dos meses y muy bien según le dijo el profesor que le cobra los lunes y le enseña los jueves. Y el día que llega a la casa para decirle al gremio familiar que ya tiene amigos musiqueros, que son todos macanudos y que se van de gira, el gordo de la cabecera escupe el vino vaso adentro y le recuerda que antes de irse a cualquier canto, tiene que conseguir un reemplazo para laburar los sábados, domingos, jueves y martes de madrugada y que acepte como salario el cuarto de él y la comida de su madre. Ellos son feriantes, tienen un puesto y venden verduras que los otros compran. Y como él nunca estudió, deja feliz a papá ayudando en los Negocios Familiares. El enfático plural de ese domingo sirvió para engrandecer la traición del único heredero, su hermana había perdido la virginidad antes de tiempo y con ella todo derecho al patrimonio. Renato la encontró escribiendo como loca en su diario y en un acto de inmadurez voraz se lo quitó y en la corrida consiguió leer. Dejó caer el cuaderno lila lleno de flechas y olores dulces al piso y después la miró con asco. La felicidad de ella se deshizo en algunos pedazos, los mismos en que rompió esa hoja. Él entendió que quería más a la hermana de lo que parecía y ella que realmente lo respetaba. Pero Renato abrió la boca, ella se quedó sin los mimos de su viejo y ahora le pide la mochila. No me voy para siempre, mamá, pero eso no impide que la vieja se desangre en lágrimas. Mamita linda le regala un bollón de conservas a pesar de la negativa del gordo y a pesar de haber escuchado durante años que los picles no le gustan a Renato. Él le dice que gracias, que los macanudos van a quedarse contentos con la picardía, pero ella no entiende la broma. Nada tiene gracia en un momento así, no entendemos de qué te reís.

Mamita le pide llamadas telefónicas y tarjetas y/o cartas, bastante abrigo cuando haga frío, tomate estas aspirinas o el ómnibus cualquier cosa Renato y venite a casa, nene.

Ya se le gastaron algunos platillos y el padre sigue reclamando su presencia en el puesto cada semana. Su madre espera y espera las hojas y llamadas y ya no sabe si las aspirinas ayudaron o se vencieron. Renato toca con las dos manos y con una también. Ya tocó en La Rioja, en Mendoza, en otras provincias y además en la radio, sin ninguna de las dos manos porque va en diferido junto a las entrevistas que le hacen. El grupo macanudo responde cuestiones de todo el país, de muchas personas, muchas cuestiones. Tienen respuestas para todas pero cuando le preguntan si tiene novia, Renato se acuerda del cuaderno lila y dice que está bien como está pero que uno nunca sabe. Y las minas suspiran por Renato, porque como él es el batero, siempre se queda allá al fondo del escenario y nunca le toca decir buenas noches Buenos Aires, que bueno estar acá con ustedes. Y sólo lo admiran cuando lo nombra el flaco que canta y que hace mucho es su amigo porque lo dice el contrato. Al final que el ritmo de la banda es todo suyo y las letras hace un tiempo no le dicen nada. Hora de partir para una mejor, pero sabe que el instrumento no lo favorece. Nadie se queda con el batero, Renato, las minas te querrán pero un solo de batería no dura mucho. Y en la salida de un show televisivo se quedó de este lado de la discusión y los macanudos ya no eran tan así de macanudos y volvió al hotel solito, porque batero conseguimos en cualquier lado. Ahí estaban algunas minitas fanatizadas que lo vieron llegar caminando, se le tiraron, le ofrecieron y le pidieron muchas cosas. No se acuerda de todas pero algunas supo cumplir. Su nombre salió del próximo álbum y en casa quedaron sabiendo. Esto no es más que una caída en el camino, Renato, levantate. Lo encontró un designer famoso y le dijo que su facha cerraba perfecto

con el visual para el otoño invierno, que sus pilchas no eran para la masa, sino para gente especial y como Renato es un tipo especial, firmó un contrato por nueve meses. Lo vieron en los ómnibus tocando la batería con una mano y unos jeans muy justos que su madre se lamentaba de verle puestos y que a su padre lo ponían del color del vino, que hacía tiempo se toma a grandes bocanadas sólo para olvidarse de él, de su hija embarazada y de su mujer que dormía agarrada al teléfono.

Renato vuelve a la ciudad, pero no a casa porque tiene vergüenza y pocas ganas de escuchar, yo te dije. En una esquina del barrio viejo encuentra un nicho donde puede tomar y tocar lo poco que sabe de guitarra para el mísero público de tres borrachos y una señora gastada, que como no tiene a quien ofrecerle los favores lo trata como a un hijo. El dueño del canto le cae bien porque además de luchador de la vida amarga y buen hablador, también era músico. Los Embusteros, grabamos un lonplei pero nos fue mal, éramos muy modernos para el momento. Le muestra los instrumentos empolvados detrás de la cortinita. La señora prestativa le dice que canta. Ella canta muy bien, agrega el dueño. Y uno de los borrachos se suma a la conversación y confiesa que toca el bandoneón. Pero el tango no lleva batero. ¿Pero por qué no hacemos algo moderno? Y empiezan. El dueño se echa para atrás, tiene miedo de lastimarse, ya sufrió mucho con Los Embusteros. Pero la mujer insiste, el cuerpo no le da para moverse pero la boca todavía le responde y el negocio precisa de una vuelta de tuerca. Y entonces con las manos temblorosas, el aliento de la mañana y algunos tragos, suena el bandoneón en el primer ensayo. Nunca hubiera dicho, pero las notas que a Renato lo conmueven llegan a oídos del padre feriante. Se lo cuenta el del puesto de fiambres y quesos. Que siempre va ahí porque el dueño es gran amigo de copas y que el lugar era una pocilga pero Néstor es

mi compadre y Estela, hace una pausa y esboza la sonrisa de la experiencia, Estelita está muy bien en el micrófono y que todo es culpa de tu hijo Renato. Está tocando tango, está. Y al padre se le hincha el pecho de una gran contradicción. Yo quería que se quedara con el negocio de la familia. Pero los guachos son así ahora y va a contarle a la mujer que enseguida suelta el teléfono y propone una salida familiar. La nena no puede ir porque esas cantinas no son lugar para embarazadas pero como hace mucho tiempo que dejó el cuaderno lila, le responde a su padre con el ímpetu de una activista estudiantil. Van todos juntos unas seis veces sin animarse a entrar. Al padre de Renato le sube la presión y el orgullo cada vez que se acercan a la puerta del boliche. Se vuelven para casa caminando indignados. Él porque recibe noticias de su heredero por otros, ella porque no tiene el número del boliche para llamar a su Renato y la otra porque está en pleno trabajo de parto y nadie se da cuenta. Y nace Julián que es peludo, inocente, indefenso pero con la capacidad enorme de juntar al grupo familiar. Por fin otro heredero que será criado entre las mandarinas y la albahaca y bajo el ojo riguroso del gordo que ya quiere dejar el pasado para atrás y consigue el número del boliche. Renato nene, vení a comer la pasta de tu vieja y a tomarte unas copas, mijo. Y Renato cae sin entender mucho y cuando se entera que va a ser padrino llora. Y el gordo y la mamá bailan felices mientras Julián duerme prendido de la teta y Renato sigue llorando de alegría subido al escenario. La voz de Estelita canta que supiste hacerte la rabona, que yo nunca fui una cualquiera, que sería bueno la mereciera un tipo mejor, que además de tango sepa algo de rock and roll.

Vos y ella y el dolor de los otros

Preferiría quedarse con nada antes que con el error de haber elegido mal, pero ya es martes. Se sienta, le piden el pasaje y lo muestra y muestra también la indiferencia de quién ya no tiene, ni en esta vida ni en todas las otras que le prometieron, alguna chance de volver a verla, ninguna. Bien muerta y enterrada la deja en el pueblo junto a los pinos que ya no reconoce más. No le quedan horas hasta llegar y tener que bajarse en el andén para enfrentar a las tantas y pocas personas que van a recibirlo con la única mirada posible y casi con el mismo dolor. A pesar de su sufrimiento, de su pérdida, deberá declarar, afirmar, justificar y jurar en vano que hizo todo, todo lo que alguien desesperado, enamorado, débil y resentido, podía haber hecho. Pero a la voz se la come la bronca otra vez y ahora debe conformarse con las terribles ganas de matar algo que merezca vivir menos que él, aunque eso no sea posible. El tren se detiene y antes de ponerse en pie lo deja vaciar. Camina por los corredores hasta el último vagón con la esperanza de que el tiempo ganado le dé las ganas de un solo grito, de un solo pedido de perdón, que le devuelva un poco de la lucidez que perdiera aquel día. Pero la familia de tradición ya no puede esperar más y el anillo que llevaba en su dedo ya no merece estar allí, ni en el bolsillo izquierdo de la chaqueta. De ahí lo sacará también con la intención de entregarlo aunque sea de rodillas, besándose las manos frente a aquel que, entre todos los otros, carga el dolor más grande. Le había matado una hija y ahora le quedaban sólo algunos metros para descubrir si al menos tendría los nervios suficientes para inventar sutilmente otra verdad. Sí, aquella elección había significado el sacrificio de él y de todos, pero el error era sólo suyo, la bronca y la idea que lo enfermara, durante tanto tiempo, también. Entonces el más viejo del grupo se adelanta para simplemente escupirle la mano abierta,

esperando que entregue el poco de dignidad que quedaba en toda aquella historia. Ni la confianza de toda una familia heredada con aquel casamiento le motivaban el coraje para decir lo que era de verdad. Que en el fondo él no la había perdonado y esa había sido su elección. Las otras tantas mujeres que ocuparan su tiempo y consumieran sus pensamientos más absurdos, no le habían alcanzado. Porque bastó un día de furia de aquellos para encontrarla más lejana que en otros. La llamó por su nombre y abrazó sin respuesta. Le habló de la juventud que los unía y de los hijos que todavía podían tener. Pero en el mundo de ella hacía ya mucho tiempo que no había lugar para él y sus ideas. El rostro de la señora de negro que también espera el anillo de vuelta lo devuelve a aquel cuarto y a la sangre en la mano, mientras juntaba los pedazos de cristal, mientras la juntaba, para después llevarla a algún lugar y guardarla de todos los demás, para que nadie la mirara, ni la pensaran siquiera. Pensó alto, pensó en un monte, para que los ojos de ella pudieran ver el amanecer y otros cielos de estrellas que a él le hubiera gustado compartir con su mujer, con esa mujer. La enterró con el mismo cuidado que ahora entierra en la mano del hombre, eso que lo lastima mucho, que lo lastima tanto. Y del otro lado espera el grito, o al menos el golpe que le duela más que el pecho y las venas del cuello. Pero la familia es diferente, esa siempre lo fue y por eso no le buscan en la cara las explicaciones, ni le dan los minutos para las lágrimas, para que pueda compartir la carga, decir, cumplir con su deber. Entonces se marchan, dejándolo a él casi de pie, casi respirando, porque ellos lo han elegido así.

Estamos bien como estamos y dónde

Son los dos muy especiales, con personalidades muy especiales y necesitan tiempo a solas para hablar, para ponerse de acuerdo. Su pareja está basada, sobre todo, en el diálogo. Así que, si no vienen en las noches o los sábados al mediodía, tomen en cuenta y reflexionen sobre esta necesidad, que es de ellos y no suya y piensen simplemente que ellos están arreglando las cosas que son de los dos, negociando decisiones, planificando, hablando. Necesitan hacerlo para poder seguir juntos. Eso es estar casados, ¿o no entienden?

Recuerden, el día que Natalia conoció a Rodrigo. Vos mujer, le hiciste la guerra, pataleaste. Todavía puedo verte con los ojos negros de rimel lagrimado, rogándole a tu hijo que no te abandonara. Semejante grandota pava, eso te hubiera dicho mi madre, que nunca me hizo una escena cuando le daba buenas noticias.

A ella le preguntaron si quería amarlo y respetarlo por el resto su vida o hasta que la muerte los separara, que es más o menos lo mismo. El *sí* le salió medio vacío y por los bajos, seguramente con nervios que vos, suegra mala o mala suegra, le habías sembrado en el estómago. Pero los de atrás lo escucharon igual, y algunas lágrimas más cayeron. Las tuyas falsas, egoístas. A él le transpiraba la mano y el cogote, arrepentido del traje caro que le habías hecho. Porque uno se casa por iglesia sólo una vez en la vida, tuviste el descaro de decirle, cuando lo menos que querías era un Rodriguito casado. Ingrata. Hijo fiel que te dio cariños. Todavía recuerdo como venía cada sábado y domingo a comer con la familia, teniendo que atender la propia y vos no hacías otra cosa que reclamar más presencia. Y ella, dulzura con dos piernas, voz angelical, comía aquellos mamotretos de puré que intentaba tragar con agua, agua del pozo que bien sabías no podía tomar porque le daban

diarrea. Pero igual la torturaste, hasta que los tortolitos empezaron a quebrarse y a darse palo el uno en el otro. Ella con razón, él intentando defender lo que no tenía defensa, vos. Después hicieron terapia, porque se casaron enamorados y así querían vivir por mucho tiempo y consiguieron los acuerdos y uno de ellos fue que no vendrían más los sábados y los domingos y que pasarían más tiempo juntos, haciendo familia de a dos, que es lo normal. Ojalá que ahora sí compatibilices con la idea para que finalmente pueda contarte que Susana le tiene alergia al puré de papas, no es católica y se va a casar con tu Luisito, porque hace dos meses que están embarazados.

iv

En caso de emergencia

Entra como puede, aunque no debería estar de pie en ese espacio tan reducido, tan incómodo, tan “foco-infeccioso”, y por todo eso peligroso, además en pleno movimiento. Se lo sugirió el terapeuta después de cobrarle la consulta, se lo exigió su madre antes de subirse al avión, se lo aconsejó la azafata cuando se sacaba el cinturón y el comandante en pleno despegue. ¿Por qué la gente habla tanto?

Reducido es también el aire y el olor insoportable, eso se lo dice su estómago. No sabe si es lo que comió o lo que bebió o lo que fumó, antes de entrar al avión, antes de pasar por la aduana, antes mismo de llegar al aeropuerto. Se arrepiente, sostenido de las dos paredes del pequeño recinto, con los brazos flacos y débiles, las paredes que son virtuales, porque ya está sabiendo que los del otro lado son argentinos, que el servicio les pareció una mierda y que nunca más piensan volar por esa compañía.

Deben ser los nervios, los que comenzaron cerca del perro policía, cerca del lector de maletas, malas y valijas diversas. El perro parecía ser un ejemplar excelentemente entrenado para detectarlo y el detector un complemento, pero algunos nacemos con estrellas, pensó. Esa felicidad no lo hizo más feliz ni lo dejó más tranquilo. Sigue con náuseas. No se anima a sentarse, no, ni por decreto. De ahí abajo suben algunos vapores, suben algunos y todos juntos. El dulce lavanda del jabón de manos y el IMPLACABLE pino silvestre del water. Poco aire, mucho calor. El agua que consiguió llevarse a la cara está caliente, parece. Tampoco sabe si es el calor o la poca luz, pero apenas consigue verse en el espejo. Está pálido, eso seguro, a pesar de la miserable luz, está pálido, de eso se da cuenta porque la boca se le pone más roja de lo normal, le brillan los ojos y le dan unas

ganas incontenibles de tomar agua, mucha agua. Todo eso siempre acompañado de una palidez, que existe desde que era más joven que ahora.

Ahora va a vomitar, ahora es un hecho. Le preocupa la azafata que sigue golpeando la puerta, le preocupa los argentinos y el futuro de la compañía, le preocupa la insistente voz del piloto que no deja de pronunciar su nombre en vivo y en directo y le preocupa su madre, que no sigue bien de la cabeza y le dijo en Departures que volvía sola del aeropuerto a su casa, *sin problemas mijito*. Entonces, aparece la turbulencia que faltaba, justa y necesaria. Y el alivio y la felicidad dos en uno, también aparecen.

Después abre la puerta y con eso consigue que la azafata lo deje en paz y que el piloto deje en paz a todos los demás. Todos que lo saludan por su nombre mientras avanza por el pasillo hasta su asiento ventanilla, incluso los argentinos, que en el fondo no parecen muy descontentos y sí una pareja realmente feliz.

Los ojos adelante

Me pongo un poco de perfume y pienso que uno empieza a despedirse desde el día que sabe que se va. Hay olores que me hacen pensar mucho. Escribo en forma de lista que no se debe buscar palabras profundas ni temas comprometidos, ni visitar personas muy queridas, o bajar a la rambla los últimos domingos con el mate. Uno llora tanto que cuando para, duelen la cara, la boca y las palabras.

No sirve de nada llorar la milonga, le dije con una seguridad que mal me conocía y a medio mirar. Un ojo no me abría y el otro trabajaba por los dos. Me disculpé echándole la culpa a los antidepresivos. Me insistió más de una vez que no le pidiera perdón a cada minuto, que ese era su trabajo y que de última con lo que me cobraba estaba cubierto todo tipo de pesimismos. En realidad eso no me lo dijo, pero lo pensé tanto que creí, él lo había pensado también. Todavía no le había mencionado que dentro de poco dejaba de verlo, pero él era inteligente y caro. Me miró casi sorprendido y me recordó que Miami o Japón eran lo mismo, los problemas viajaban conmigo. En voz baja le conté que la suya era una costumbre maldita, esa de andar devolviendo las pequeñas flechas que mandamos lejos. Salgo de su consultorio por última vez pensando en los hostales y en las medidas básicas en caso de emergencias. Robo de dinero, extravió de valijas, diccionarios turísticos, eliminar algunos compactos de la cuenta de exclusivos, del botiquín de primeros auxilios. Apretarme yo y toda esta vida, al tamaño de dos valijas.

Ya tenés pasaje seguro y un seguro médico por tres meses. Sabés que en Frankfurt hacés escala y en Madrid llegás a las siete de la mañana, ¿no? Ese era mi viejo, que primero se había preocupado y después se le mojaron los ojos y por eso se escondió en el

asadito del sábado y en la sal, que le metía a la carne con bronca, con los dedos, con la pena que tenía en el lomo. Perdoname, le dije a él. Pero él me abrazó, se cagaba en el asado y en los pasajes, yo tenía que encontrar un lugar donde fuera. Sólo lamentaba que tuviera que ser tan lejos. Él también era inteligente, pero no tuve que pagarle nada. Cómo pesaban esas valijas.

Me pongo otro poco de perfume y pienso, que el cariño que le tuve al chico que me lo regaló fue variado pero no eterno. El chico se había quedado allá lejos en Madrid, el perfume en mi bolsillo, me hace acordar a mi abuela y mi abuela me obliga a pensar de nuevo. Uno nunca se acostumbra a festejar cumpleaños en papel o locutorios. Pero igual escribo cartas y de vez en cuando me encierro detrás de un vidrio para ver un escenario que no coincide en nada con lo que escucho. Ahora nadie sabe que mi vuelo sale a las tres, que mi seguro venció hace muchos meses, que no pude renovarlo y que en Londres voy a hacer una escala de algunos días para ver, quién sabe. Ya nadie me abraza con las manos llenas de sal, pero sigo con la única valija que hoy consigo llenar y los dos discos que llevaría a cualquier lugar.

Made In

Sugiero el plato especial de la casa, hoy acompañado con un excelente vino Arboleda Cabernet Sauvignon del Valle del Maipo. Me miran haciendo gestos de no entendimos. Agrego Chile y vuelven la vista a sus papeles y al cuchicheo y cuando quiero intentar una segunda me callan con un dedo sutil. La prueba acaba. La mesa examinadora se pone de pie y sale del salón. Me quedo parada al lado de la silla, demoran. No me animo a sentarme pero demoran aún más. ¿Será que el Maipo era suficiente? Entonces ellos entran, aprobada con diez. Levanto la vista y veo a mi madre llorando de la emoción. Me dan mi título, me dan condecoraciones, me dan abrazos y felicitaciones, pero no me dan trabajo y yo quiero trabajar.

Esta es la mejor mochila que pude comprarme porque además de un compartimiento especial para la cámara de fotos tiene un sin fin de bolsillos auxiliares. La carpa que tengo también es la mejor ¿será que en el Valle del Maipo hay camping? Cuando llego me doy cuenta que es más verde que en las etiquetas del supermercado. La gente me saluda y me invita. Me quedo en la casa de una familia y la carpa se la presto a los niños para que jueguen en el jardín. Pronto trabajo en la pequeña empresa, al principio a cambio de comida y techo, después de unos pesos. Mañana nos vamos unos kilómetros por ahí, el dueño quiere expandir el negocio. Viajo más de una vez a las ciudades para vender la producción. Me encuentro con compañeros de clase, vestidos de mozos, recomendando buenos vinos en restaurantes importantes. ¿Cómo estás? nos preguntamos. Yo al menos no miento. Digo que soy feliz y que en Chile me quieren mucho. Que tengo un trabajo positivo y que la zafra de este año nos dejó bien parados. Acá la propina es buena, me dice el otro. Me vuelvo con la mochila al valle y con noticias

buenas. Hay una empresa en la ciudad interesada en nosotros. Son representantes internacionales, la cosa es grande, vamos a crecer. El señor dueño me queda mirando desconfiado. ¿Desconfiado? Me sonríe. Salgo a ver la noche y los resultados. Estoy tomando vino, del bueno, hecho en casa para casa. Pienso, ¿y si llegaran mochileros internacionales por esas colinas? Creceríamos como nunca, señor dueño. El mundo sabría del Maipo gracias a los mochileros y otros querrán venir a conocerlo. Serían tan importantes nuestros productos, que ya no tendríamos que exportar, los mochileros vendrían por el mejor vino hasta aquí. Escalarían montañas si fuera preciso, pero vendrían, por esa colina, por entre los kilómetros de viñedos. El sol ya sale y bebí de más. El señor dueño hace rato me dejó hablando sola. Las semanas transcurren entre nuevas tentativas y un descubrimiento: el ministerio dice que tenemos entre las manos el mejor vino de la región. Ahora lo sabe el dueño, lo sé yo, pero hay que decírselo a alguien más. Así que viajo nuevamente, visito a los mismos interesados de antes, pero vuelvo con propuestas poco interesantes. No entiendo esa justicia de corbata. No te preocupes, me dice. Y nos quedamos del lado de afuera de la casa brindando con el nuevo vino hasta que el sol sale nuevamente. Y ahí tuve la idea. Comenzamos pintando nuestras propias botellas con paisajes de un verde que vale la pena. Por la ruta pasan mucho ómnibus con señoras y señores canosos y cámaras de fotos y les gusta comprar y nos compran porque vendemos lo que realmente hay adentro de la botella, vino artesanal de buena calidad. Pero los rendimientos no motivan al señor dueño que siempre parece querer un poco más. Y en una hora de un día que no recuerdo, subió un ruido muy raro por la colina. Pensamos todos que eran los ómnibus de visitantes desesperados o mochileros bebedores. Pero nos equivocamos porque la camioneta que traía a los representantes de los interesados, apareció terracota dando vuelta la curva por detrás de la casa. Estacionaron,

eran cuatro y se bajaron todos derechos y oscuros a pesar del sol. Quise ponerme feliz pero me dio frío. Uno de ellos tenía un maletín con muchos compartimentos. Intenté entablar diálogo mostrándole la mochila pero él no entiende a los mochileros. Nos pidieron para probar el nuevo vino artesanal y se fueron a un rincón de la sala para hacer una pausa larga. Demoraron en llegar hasta donde los esperábamos con la botella todavía abierta y casi por la mitad. Nunca había reparado en el tamaño de la sala. Nos quedamos todos quietos, todos de pie al lado de las sillas y entonces levantaron sus sonrisas y nos felicitaron. Aprobados, nos dieron la mano, nos dieron papeles, nos hicieron firmar, dueño y empleados. Fuimos muy bien comprados y meses después mejor vendidos, pero los dibujos en las botellas dejaron de tener el verde que nos gustaba tanto pintar. No nos están respetando y a mí me gusta que me respeten. Pero el dueño piensa que yo soy muy guacha todavía y me repite que la vida es un poco más que tomar vino en la baranda para siempre. Y ya por el final, los representantes, que resulta eran como veinte, se quedan todos cuidando de la empresa ellos solitos y al señor dueño le regalan billetes, una casa para siempre, la mujer y los hijos y se van todos a viajar. Van a volver con gorros y peluches y un montón de bronceador. Pero antes de embarcar brindamos con el mejor vino de la región y de todas las ciudades y para que el viaje sea bueno y para que el vino dure. Y cuando el avión salga voy a levantar sólo mi mochila, la carpa se la dejé a los niños que siguen en el Maipo. Me dijeron que más al sur todavía buscan gente para trabajar y yo quiero seguir trabajando.

El cuarto en discordia

El piercing en el ombligo genera una discusión del tipo “siempre dándome disgustos” versus “vos nunca me entendés mamá”. La relación Madre-Hija colapsa agotando la poca armonía que quedaba en el hogar. Ahora, la todavía menor de edad e irresponsable, pasará la semana encerrada en su cuarto, sin salidas, sin llamadas telefónicas u otro tipo de conexiones con el mundo exterior. Como si eso fuera un gran castigo, como si eso pudiera remover la gran mutilación de su antiguo immaculado-cuerpo-adolescente. En su habitación, la nena se queda escuchando “Like a Virgin” de Madonna mientras se mira en el espejo. La última adquisición brilla desde su ombligo. Del otro lado de la puerta Madre llora desconsoladamente mientras involucra al tercero en discordia: Antonio, esto es culpa tuya. Desde que nació que la consentís en todo. La nena quiere viaje, la nena viaja. La nena quiere colegio privado, allá va la nena al colegio privado. Y después pasa lo que pasa, ya no me hace caso y tiene incrustado un pedazo de metal en el estómago.

El párrafo lo obliga a poner MUTE en el televisor. Antonio no se acostumbra a estas escenas de su mujer, pero no pierde la paciencia, ni las esperanzas de que algún día acaben con la menopausia. Espera a que ella cierre el archivo de reclamos y cuando esto sucede se levanta de su sofá y camina hasta abrazarla para activar el antivirus necesario. Léase: quedate tranquila Marta. Esto no va a quedar así. Yo me encargo. La nena va a recapacitar.

Pero Marta no se calma. ¿Vos le viste el “pírsin”? Marta está realmente perturbada. Es un metal, Antonio, una argolla de este tamaño. Marta exagera el diámetro. Y le atraviesa el ombligo, por donde la alimenté durante nueve meses. Como si fuera

ganado Antonio. Parece una vaca. Ahí va la vaca Gutiérrez le van a decir. Antonio, tenés que hacer algo bla bla *bla*. Pero Antonio, *bla*, ya no la escucha *bla*, está pensando en el segundo tiempo de su partido *bla bla*, y como Marta *bla* no lo deja concentrarse *bla bla bla*, se levanta, va hasta la habitación de la nena y entra a pesar del, dejame sola. Antonio es un padre comprensivo y sabe hablar con su hija, así que no precisa levantar la voz ni utilizar la fuerza; le alcanza con extender su mano derecha y mostrar la llave inglesa que sostiene con la izquierda. Antonio sale victorioso con el trofeo en la mano que le entrega a Marta. Ahora la relación Padre-Madre-Hija vuelve a la normalidad. Marta consigue dormir, Antonio consigue ver su partido y la nena conseguirá su libertad condicional la semana que viene para poder hacerse el tatuaje que ya eligió por Internet.

v

Érase

Ilustrísimo, de pie frente al único retrato de su familia antigua, colgado de la única pared decente del precario salón de antigüedades de aquel barrio perdido. La voluntad es divina, le dijo su abuela y le dio la dirección. Y por eso ahí estaba, con la lata de los ahorros, insignificantes ahorros, antes de que se vendiera todo. Es mejor mirar para entender. También de pie, estaba el señor de gran sombrero y traje azul, pintado al óleo. Señor de la marina y de la batalla un poco, de una que no se acordaba muy bien cuál, tampoco de qué mar, lleno de medallas de oro y otros regalos. Es lo que queda de la familia, Ilustrísimo, el retrato de tu tatarabuelo que además de héroe también supo ser un gran albino.

Ya nadie limpia los sótanos

Ahora estamos andando por la carretera. Hace dos horas que le dije de parar para ir al baño. Él no me habla, no me mira, sólo maneja. El año pasado le pedí el divorcio pero no me escuchó. Vamos a lo de mi madre. Prendió el auto sin hablarme y en eso estamos, a medio camino entre nuestra casa y la casa donde me conoció. Él trabajaba limpiando sótanos. Mataba las ratas, ordenaba papeles, cajas, sacaba la humedad, los pintaba. Los dejaba cinco estrellas. Eso lo digo yo. Yo en esa época estudiaba y participaba de un grupo anti-nazista. La policía nos disolvió una tarde que gritábamos frente al Supremo Tribunal de Justicia. Un tal Hans estaba declarando, no sabíamos qué, pero se llamaba Hans. Fuimos todos con carteles, prendimos fuego una bandera alemana, llegó la policía, trece presos, dos heridos, yo corrí. Llegué a casa con dos patrulleros en la espalda. Mi madre me vio entrar, pasar por la cocina, meterme en el sótano. Me escondí. Él estaba ahí, no me habló, me vio la cara de susto, la remera con la raya roja sobre la esvástica, la satisfacción, no dijo nada. En la estación paramos. Cargamos nafta. Yo fui al baño y él se quedó mirando al muchacho que lo atendía. Después que la policía se fue, mi madre le pagó por el trabajo en el sótano y para que no abriera la boca. Nunca abrió la boca, ni siquiera el día que le dije que tenía que escaparme. Me voy contigo. Él sólo prendió el auto y esperó a que me subiera. Antes de salir de la ciudad, pasamos por la jefatura. Yo les tiré una bomba improvisada pero la mecha se apagó antes de reventar la ventana. Me dio vergüenza, él ni me miró. Me demoro un poco en el baño. No tengo ganas de subirme otra vez al auto, me duele mucho la columna. Cuando el médico me dijo “mellizos” pensé en la reacción de él, pero él...no dijo nada. Le vamos a dejar los niños a mi madre. Son dos varones. Uno se va a llamar Mandela, el otro Marley. Cuando

dejen de buscarme, vuelvo y me los llevo. Los primeros años fueron buenos. Él manejaba y yo gritaba por el megáfono los discursos que escribía reivindicando los derechos de la raza. Nos casamos sin testigos en una iglesia trucha. Yo estaba feliz. Al salir, la gente del movimiento había armado una sorpresa. Un muñeco encapuchado de blanco, lo prendimos fuego y nos fuimos a un hotel. Esa fue la luna de miel. Desde acá lo puedo ver, le está pagando al de la nafta, mira para atrás a ver si me ve. No se pone nervioso, bien que podría estar pariendo yo, en este baño mugriento, pero no, ni se levanta, ni pregunta, ni me habla. No son tuyos, ¿sabías no? Los niños, no son tuyos. Ninguno de los dos. El año más complicado fue cuando me metieron para dentro durante cuatro meses. Él iba todos los días, ocupaba mi único derecho a visita y ni una palabra por el teléfono detrás del vidrio. Me miraba, por lo menos antes me miraba. El día que me soltaron, él estaba esperándome en el auto. Lo abracé y le dije que lo había extrañado. Él sólo me apretó un poco. Llegamos a casa, no había luz, el teléfono lo habían cortado y la heladera estaba vacía. No respondió a mis preguntas. No me dio explicaciones. Le dije que estaba embarazada. ¿Escuchaste? No son tuyos. Ahí está mi madre, parada en la puerta. Mi madre siempre lo quiso mucho. Es un hombre sano, me decía. Me cuesta bajarme del auto pero él no se mueve. Abrazo a mi madre como el día que me fui de casa con él. Él se queda sentado. Siempre me gustaron sus ojos azules, su pelo tan rubio. Es lindo, me decía mi madre, y trabajador. No va a apagar el motor. Marley y Mandela patean. Me duele mucho el vientre. Me duele en serio. Me siento en el escalón, mi madre me sostiene. Pero él no se mueve. No va a ayudarme. No va a saludar a mi madre. No va a bajarse del auto. No va a decir nada, nada, ni siquiera que el muchacho de la estación ya llamó a la policía y que la propina que le dio la sacó de mi cartera, porque hace tiempo, mucho tiempo que la gente no limpia más los sótanos.

Montevideo nos mata

Cuando Aletieri le dijo al oído que el sol se escondía porque sentía vergüenza de ellos dos, enseguida se puso los guantes y le respondió que había paro general, que si no se apuraba perdía el último ómnibus. Lo volvió a ver dos años después. Ahora él hacía tarjetas, marca libros y rescribía frases nunca leídas de Galeano y Pablo Milanés. Aquella tarde me dijiste que me ibas a llamar. Ella le pidió perdón y cambió de tema. ¿Sos un artista, ahora? Él se arrimó a su oído y le dijo que prefería llamarse “Artesano del Corazón” y que era muy espirituoso reencontrarse con la materia prima de su inspiración. Ella abrió el paraguas enseguida, le mostró que estaba por llover y se fue. A él le pareció verla volar, ella sintió alivio.

Montevideo, 29 de agosto de 2006. Los libros que me mandaste para el cumpleaños son muy buenos, pero tuve que pedirle a mi vieja que los guardara en la biblioteca de la familia porque ya no me entraban en casa. Tampoco pude quedarme con el perro y el hamster llegó seco como un higo. Creo que los del correo demoraron mucho o no eran muchos los agujeros de la caja. Tal vez pasó hambre, el pobre.

Pasa el invierno y Aletieri aparece de camisa y corbata, con papeles en la mano y gel en el pelo. La plaza es pequeña y evidente, así que ella tiene que saludarlo. ¿Sos un ejecutivo, ahora? Él le regala su versión zippeada de currículum. Trabaja en un banco, tiene celular y al medio día come en la ciudad vieja con un montón de personas igual que él. Todavía estoy esperando que me llames, reclama. Pero se ríe. Ella le dice que está super apurada, que alguien la espera en algún lugar y se va. Corriendo según ella, nerviosa según él.

Las flores son lindas pero mi casa no deja de oler a cementerio y los vecinos ya se quejaron porque como no tengo ni un centímetro de piso libre, tuve que usar los escalones que van del décimo al undécimo. Hay gente que a esa altura de la vida también usa la escalera. Y se me ocurre que uno tiene que respetar el espacio de los otros, digo.

La vez del ómnibus fue casi la última. Ella iba sentada apoyando la nariz en el vidrio, despreocupada con las manchas de otras caras. Él viajaba en un auto rojo, pequeño, simple, un auto. Él la vio primero y tocó su bocina, varias veces. Pero sólo el señor del asiento para lisiados se dio cuenta, porque era ciego pero tenía buen olfato. Ella le agradeció el aviso y saludó a Aletieri con la desgana mano izquierda. La derecha de él imitó un teléfono. Y después un semáforo y por suerte los autos rojos van más rápido que el transporte colectivo.

Yo no creo en el destino, ni en los papeles blancos salpicados de perfume. No leo y nunca leeré a Balzac, así sea en la hermosa edición de cuero que me diste. No me gusta Flashdance y no tengo dibujos animados preferidos. Me pregunto si vos y yo tenemos mismo algo en común, más que el triste hecho de vivir en esta ciudad gris tan fácil de memorizar.

Gustavo era del tipo bajito con dedos económicos pero rápidos. Los hizo reír durante años en la secundaria y fue más por esa risa que por la tristeza de su muerte que fueron apareciendo todos los del tercero B. Ella estaba sentada al lado de la hermana de Gustavo sin reconocerla, cuando entró Aletieri por la puerta con unas flores para la madre destrozada. El gesto la conmovió y aún así bajó la cabeza. Pero Aletieri era como un sabueso del amor así que terminaron yendo juntos al cementerio. Él insistió y además

estaba en auto, el rojo. Ella no estaba abatida, ni triste. Tal vez cansada. Parecía no tener fuerzas para defenderse de las frases conquistadoras de Aletieri, parecía. ¿Me vas a llamar algún día o debo perder todas las esperanzas? ¿No tenés ganas de envejecer con alguien? Mirá que yo no ronco y hago unos buñuelitos de banana, de chuparse los dedos. La dejó en la parada del ómnibus porque con tanta insistencia que te llevo a tu casa, dale, ella abrió la puerta en plena marcha amenazando con tirarse. Él abrió los ojos de par en par y enseguida dejó caer la lágrima de la emoción. Admiro a las mujeres corajosas, fue lo último que consiguió decirle, en persona.

Resumiendo, el destino no nos trazó ningún camino juntos, nuestros encuentros han sido rotundamente casuales. Gustavo no se murió para que nos viéramos una vez más. Le diagnosticaron cáncer hace años y mi dirección llegó a tu agenda porque mi madre quiere tener nietos con urgencia y a cualquier precio. No nacimos en la misma ciudad porque estábamos predestinados a juntarnos y no, cuando duermo, no siento la falta de un complemento que encaje exactamente con tus formas. Y aún así, gracias Aletieri, por los animales, los vegetales, los olores, los bombones, el tiempo. Por un Montevideo más azul, más violeta, más nervioso.

Temporada

Los rifles estaban prontos. Ahora sólo debían esperar a las seis de la mañana, hora oficial de apertura de la Temporada de Caza del Pato Salvaje. Mientras, escondidos entre los árboles, los hombres recios y las mujeres de los recios se mantenían algo más despiertos con un café bien cargado. Hacía frío, los niños tenían sueño. Entonces ella trató de amenizar el momento, trató de ser dulce, trató de hacer feliz a su marido y a sus siete hijos.

- George, cuéntale a tus hijos de cuando cazaste aquel pato enorme que hoy tenemos sobre la chimenea de casa.

Entonces George se puso muy feliz con la idea y comenzó su larga, aburrida y repetitiva historia sobre aquel pato salvaje que apenas había intentado huir cuando fuera alcanzado por su gran rifle. Lo que había quedado del pato amanecía desde entonces en el living.

- George, cuéntales sobre la cabeza de ciervo que tenemos en la cocina.

Entonces una versión aún más animada de George cuenta de cómo logró dispararle al animal que se parecía a Bambi - según decía su quinto hijo - y que gracias a la ayuda de su incondicional amigo Buffy - un labrador viejo y ciego - había logrado cargar hasta la camioneta. Una semana después el animal estaba en la cocina, embalsamado y de ojos abiertos como el resto.

- George cuéntales de cómo cazaste al oso salvaje que tenemos en el living.

Ahora George está excitado, eufórico. La historia del oso es increíble. Con los brazos extendidos George imita al feroz animal que una vez casi le arrancara la vida con sus garras. Con el rifle en sus manos apunta a la nada y explica los tres tiros que dejaron al

animal desangrándose sobre el suelo. George se sonríe, su mujer se sonríe, sus siete hijos lo miran.

Geogre cuenta de cuando cazó el jabalí, el tatú, las liebres. Cuenta de sus presas pequeñas, de sus presas grandes. Cuenta de su primer rifle y del último. Cuenta, mientras la madrugada se va acabando y el sol va saliendo y las historias se van terminando y los animales extinguiendo. Y entonces ya no quedaba más de qué hablar. Ella ve el sol saliendo en el horizonte y ve la luz del amanecer reflejada en la redonda figura de su marido y ve a su séptimo hijo que es igual a su marido y entonces ella se emociona:

- George, cuéntale a tus hijos del día que nos casamos.

George mira a su mujer que sostiene su séptimo hijo, mira a su primer hijo y a todos los demás y los cuenta. Y cuenta y recuenta la cantidad de animales embalsamados que están en su casa. No le alcanzan. Ella que lo mira, quieta, embalsamada. El que se fastidia. Ella que sostiene a su séptimo hijo, él a su rifle.

A mí, que me vengan a buscar

En la mitad está el cajón y alrededor las moscas inquietas, esperando al cura para encomendar el cuerpo. Entre el calor y los claveles, dos jóvenes muy parecidos contienen el llanto. El muerto, a pesar de la elegancia propuesta por la pompa fúnebre, parece un muñeco de cera. Entonces, se escucha la risa aguda, casi histérica, que descompagina el clima de velorio.

La joven levanta la vista pensando que es el muchacho y sus nervios, el muchacho la mira, piensa lo mismo y se manda callar. Pero la risita se repite. Entonces ella, que tiene la misma edad pero el sexo más maduro, le insiste: más respeto, cerrá esa boca, no seas desubicado, le voy a contar a la abuela. Él se asusta y repasa el día: tres tazas de café, una caja y media de cigarros, dos horas de pokemón: no fui yo, nena – le dice ahora con total seguridad y con la mano flaca de una mujer sobre su hombro derecho. Se dan vuelta los dos. La señora tiene presencia, en el sombrero, en las uñas y en el tic que le mueve toda la papada. La risa se aclara, podría ser un llanto, si todos hacemos el esfuerzo. Él se levanta, porque además de adolescente es educado, se lo enseñó su abuelo, que es el del cajón. Ella le acepta el gesto con la misma risa y se lleva el pañuelo de seda a los ojos, por debajo de sus lentes oscuros que le protegen la vista del sol y tienen dos años de garantía. La muchacha no se conmueve, pero se prepara, la lista que se viene seguro es larga.

– Yo lo estimaba mucho. Siempre fuimos muy allegados. Me hablaba tanto de sus nietos. Yo a ustedes los conocí cuando eran así. Miren – y con las dos manitos largas coronadas de rojo pasión, hace como un montoncito de aire. Él que es menos maduro pero más sensible, está al borde del llanto.

– Yo también quería mucho a mi abuelo – le dice – desde que era así también – y repite la figura. Los dos se entienden, vaya uno a saber por qué. La gurisa se contenta pensando que el dolor deja loco a cualquiera y se levanta.

– Nena – le dice entonces, la mujer – *Nena no te vayas, nena vení, quereme un poquitito, decime que sí...* esa canción le gustaba tanto a tu abuelo.

Entonces la puerta de la sala se abre de golpe y alguien grita:

– ¡Zulma! ¿Qué hacés ahí, loca de mierda? – hombre gordo, italiano, sudado, agita las manos en tono de reclamo. Pero Zulma no se da vuelta, ni se levanta, se lleva otra vez el pañuelo a los ojos y canta:

– *Dicen que estoy loca, no es verdad, estuve loca ayer, pero fue por amor, la lá, la lá...* esa era su favorita.

– Yo la conozco – dice el chiquilín entusiasmado – la abuela también la escuchaba hace tiempo, cuando yo era así – y vuelve a juntar las manitos inocentes y conmovidas como si la figurita del huevito en el aire le causara algún tipo de placer.

Detrás del italiano que ahora camina en dirección al cajón y a Zulma, aparecen unos de blanco, metro ochenta, presencia profesional para tratar el caso:

–...que es lo mejor que usted puede hacer por su mujer, Bertolucci. Firme acá, acá y estos pagarés también – le había dicho el especialista aquel.

A Zulma la sacan los hombres mientras el gordo pide disculpas en italiano. Nadie entiende, ni el italiano, ni a Zulma, ni por qué al tata le gustaba tanto Mocedades. Las moscas vuelven al lugar y los jóvenes a sus asientos. El lloriqueo empieza nuevamente, el más joven continúa con las manitos así.

*vi***Yo resisto, tú resistes, nosotros.**

También mañana todo va a estar en el lugar exacto, como exactamente está ahora. Las camas tendidas, las paredes blancas, los locos acostados, Milton vigilando, la dosis debajo de la lengua. No se dio cuenta si fue la azul o la naranja o las dos juntas. Sólo recuerda que le dan un sueño terrible y muy pocas ganas de comer en el almuerzo. En eso está pensando cuando se apaga la luz, no sabe si la del cuarto o la de él.

Está sentado frente al plato de sopa. Es sopa sí, porque le sube el vapor terrible y le flotan unas letras, un montón. Y entre cucharada y esfuerzo se acuerda, del ABC, del HIV, del producto bruto interno y del impuesto al valor agregado. Todo eso lo estudió en el curso de economía dos, dos meses antes de darse cuenta que lo suyo estaba en la facultad de artes, de la que lo expulsaron y que por sin tierra o sin facultad se había enfermado de la cabecita. Pobre cabecita blanca, le decía su abuela. Su abuela, seguro, viene el domingo a verlo. Pero falta para el domingo, y eso lo preocupa también porque ya van tres cucharadas y todavía no encontró la D. Se pone de mal humor, se agita, reclama. Que alguien le traiga la G y a su abuela. Grita para arriba y para el frente, a los dos costados también grita.

Sigue gritando cuando Milton entra en el cuarto con el desayuno. Se hace un silencio, primero porque tiene el hambre acumulada de casi un día y además Milton parece disgustado. Seguro porque se pasó toda la noche gritando y los otros haciendo ecos por los pasillos. Quédate tranquilito y te suelto. Soltame y me tranquilizo. Entonces el común acuerdo - eso también lo estudió en economía internacional dos - cuatro

pastillas, que ahora parece, vienen en blanco y negro. Ya no tiene hambre y por eso se vuelve a dormir.

Lo despierta la dulce voz de su abuela y ese dolor en el cuello, tal vez porque no es bueno dormir en una silla de ruedas, quién lo manda sentarse ahí. ¿Quién te manda sentarte ahí?, la voz de su abuela. Si supiera ella y si él pudiera decirle con más palabras y menos saliva, pero tiene sueño, mucho, todavía. Y llegó el domingo sin que se diera cuenta y no fue al taller de creación y no le hizo el dibujo de domingo de su abuela. ¿Por qué? ¿Quién? Busca, Milton no está, día libre. Hoy está ese otro antipático que en lo mejor de la tarde, cuando su abuela le esté contando que veraneaba en el Cabo y tomaba vino con frutillas, va a aparecer para llevársela con respeto, no sin antes señalarle el reloj que está en la pared. Ese reloj está adelantado, lo sabe ahora y cada vez que Milton lo adelanta con su dedo gordo, subido a la silla de ruedas.

En el gran salón de los liberados, cada uno puede hacer lo que quiera, siempre y cuando no se meta con otros que no son metidos. Aquel juega con la muñeca de su nieta, el otro repite y repite la última estrofa del Martín Fierro, Milton estira su dedo gordo hasta la aguja del reloj, él mira por la ventana. Más allá del muro, un ómnibus se detiene y una mujer que se baja, la conoce. La conoce porque es la señorita dulce del taller de creación, a la cual preguntará dónde está el dibujo de su abuela y a dónde se fue su abuela y si realmente la trataron con respeto. A Milton no le pregunta más nada, hace días parece muy enfadado, enojado, y también incomodado, por él, por los otros, los locos.

Hora de dibujos, tal vez con pastel, aunque él prefiere la acuarela. La acuarela que otra vez está en la mano arrugada de su abuela y él pensando que era lunes. Pobre cabecita blanca.

Muchacha Generosa

Conocí a Azucena Brink el día que me dijo que yo no servía para nada y que eran mejor mis ojos de puerco espino atormentado que la mirada de un posible consuelo. Los consuelos nunca llegan me dijo y se durmió agarrada de mi mano. Desde aquella noche Azucena y yo somos amigos realmente y realmente dormimos juntos sin tocarnos ni una alfiler, de nuestros débiles y lastimados corazones. A ella la eligieron para engañarla, a mí ni siquiera me habían visto pasar. Nos entendemos y nos mantenemos. El día que Azucena me falte me caigo para no levantarme más. Eso se lo digo todas las noches y cada noche me repite lo mismo, que ella no nació para amurallar a nadie y que si ando precisando seguridad, en la heladera está el plato de comida que me hizo, que me hace siempre, pero que otra vez no comí porque llegué tarde. De nuevo y me doy cuenta en sus ojos del miedo que le crece, del miedo a que se repitan algunas cosas. Ahí es cuando se me ocurren las sutilezas que se ganaron un poco de su leve confianza, la casa es tuya y la puerta de los dos, le digo y me instalo exageradamente en el sofá. Y ella me manda callar y me manda comer y después se duerme feliz agarrada de mi mano.

En la última llamada a cobrar que recibió, me hice el loco perdido, buscando tornillos en el depósito. No escuché nada que no quisieras que supiera, le dije y ella se rió con lo poco que le quedaba de ganas. Otra vez la habían lastimado a mi pobre Azucena ¿y no había nada que yo pudiera hacer contra el bandido? El mismo que la llamaba cuando las papas se le quemaban, cuando no tenía más dinero en el bolsillo para bancarse las putas que ocupaban el lugar de Azucena, porque vos no estás ahí Azucena, cumpliendo un papel de mujer casada. Estaba acá en casa y me hacía la comida todas las noches y rezaba, por mí y para que el hombre del teléfono se muriera de una cirrosis fulminante.

Por culpa de tantas llamadas había paseos que no podíamos hacer con Azucena. El boliche de Martí y la rambla, la plaza Juárez, la Ramírez a las seis de la tarde. Todos le causaban un dolor solitario donde mi mano no podía entrar y apretar con cariño. No había fotos del indigno, ni comentarios de mi muchacha generosa, nada que pudiera darme una posibilidad de ayudarla.

Por tantas indelicadezas recibidas un día se me ocurrió llegar temprano y con flores bonitas, que tuve que poner yo mismo en un florero porque Azucena no estaba en casa. El mercado público me pareció lo más probable. Me senté en el sillón de los cómodos a ver la televisión y a esperarla. Los minutos interminables me dejaron torcido de la preocupación. Ideas malas empezaron a completar el espacio de Azucena. Entonces sonó el teléfono. Era el atormentado. Hizo preguntas y exigió explicaciones, motivos, por qué yo, por qué ahí. Por qué Azucena demoraba tanto para llevarle el dinero. Corté de mal humor y con el cogote lleno de impotencia. ¿Dónde se había metido mi Azucena? Y tuve que quebrar algunas normas y meterme en sus cajones y perchas y bolsitas con jabones para perfumar su ropa. Y encontré las cartas que el atrevido le mandaba después de cada borrachera, con un montón de resaca, otro poco de arrepentimientos y la misma dirección para enviar el dinero.

Ahora estoy corriendo entre los andenes de los ómnibus. Necesito espacio y tiempo para enfrentar a mi Azucena, para decirle que era mentira lo de los alfileres y los corazones que no se tocan, que el mío tocó el suyo hace tiempo y que su plato de comida no tiene gusto a nada si ella no teje bufandas mientras como. *Lo que el mundo necesita ahora es amor, dulce amor*, es la canción que escucho antes del anuncio de la partida del ómnibus de Azucena y llego a tiempo. La puerta todavía está abierta y ella está sentada en el 29 con su bolso y sus miedos. No pude ordenarte el cajón, porque encontré las cartas, porque

encontré las balas. Y si fuera domingo Azucena, estarías en casa amasando los ñoquis que me dejan agarrado de tu mano toda la noche, quedate, dejate quedar, dejame cuidarte. Y como no puede levantarse porque le restan sólo algunas fuerzas, me siento en el 28 que está libre y le agarro fuerte la mano. Le digo despacio que no se preocupe que la rambla a las seis volverá a ser preciosa y que me dé su bolso. El ómnibus sale, ella me saluda con su mano y algunas lágrimas en los ojos. Antes de pasar por el peaje de Jaugueryberry me tengo que bajar y caminar en dirección al mar, cinco cuadras. Le prometí a Azucena que cuando vuelva, el teléfono no va a sonar nunca más.

La vida es un carnaval, lo dijo Celia Cruz

Cree con total convicción que el salmón primavera va a quedar mejor porque le combina con la mesita ratona en tonos marfiles, patinada, importada de algún país asiático de cuyo nombre no quiere acordarse, pero sobre la cual tiene una edición crítica de Don Quijote de la Mancha, abierta en la misma página de siempre, que manda sacudir todos los días, exactamente después de las dos tostadas de pan integral, las pastillas para la presión, los parches para el reuma y las hormonas para el orgullo. Dos cosas le preocupan en la vida a Mercedes Larravide Morán, la dudosa masculinidad de su decorador y que el próximo que entre por esa puerta haya leído realmente las aventuras del famoso hidalgo. Ahora, parada en el gran living, monumento al estilo y a la inteligencia financiera, el sonido del corcho explotando en al aire la transporta a sus próximos minutos. Por esa sala caminarán casi cincuenta personas, pensadas, buscadas, invitadas y vestidas, de pompa y de raje también, para la ocasión, para verla y aplaudirla y besarla y abrazarla, casi con total cariño y admiración. Quién no quiere ver el nuevo estilo de Meche Larravi, quién no quiere verla surgir entre las cenizas de cuatro maridos y el susto de un cáncer de colon. Quién se perdería la magnífica oportunidad de salir en la columna de sociales del segundo domingo de cada mes, quién. Meche brinda y pide música, entonces el decorador dudoso se tira bolso adentro para sacar de entre sus petates a Celia Cruz. Ella no conoce esa música y no le preocupa. Los cortinados Aires del Caribe le sientan muy bien.

Y vivieron como pudieron

Utopía es pensar que ese té de apio te va a sacar todo el gas que tenés adentro Ignacio, ¿querés tomarte el remedio y dejar de joder? Se levantó encrespado, no se había casado para que lo trataran así. En el camino hacia el cuarto se llevó la mesa por delante y se le cayó todo el té de apio sobre la cucha de Lassie y sobre Lassie. La gran siete. La mesa le dolió, el perro era de ella. El matrimonio es una institución y como no pensaba plantar un árbol ni escribir un libro, le pareció meritorio tener su propio emprendimiento. Con los años se dio cuenta de la mala inversión que había hecho, pero ya estaba endeudado. Al hijo mayor le debía el auto, al del medio una conversación seria sobre sexo, al menor la atención que le había dado al primero y a su mujer le debía treinta años de sacrificios, según decía ella y la madre de ella que en paz descansa ahora y Dios nunca la devuelva. Un matrimonio feliz contigo, Carmen, eso es una utopía, gritaba desde el cuarto mientras juntaba un poco de ropa, el libro que estaba leyendo, la foto de los hijos en la escuela y otros símbolos. Dejó las llaves de la casa sobre el piano. Gustavo no va a resistir esta separación, Ignacio. Carmen, Gustavo tiene veinticinco años. Sí pero vos sabés que el chiquilín es muy sensible. Culpa tuya. Como sos de ingrato, Ignacio, como sos. Lo que le faltaba, reclamos en capicúa para la despedida. Se fue caminando despacio, los huesos lo trataban peor que su mujer. A la salida del jardín estaba Lassie, mirándolo con rencor. ¿Sabés lo que es un doberman?, le dijo él, convencido de que el perro le entendía, un collie que se prendió fuego. El animal se alejó ladrando de miedo. Perro inútil. Se la tenía jurada. Cualquiera día de estos volvía con una lata de queroseno y cumplía la promesa: si yo me voy de casa, el perro también. Como Carmencita no tenía mucha imaginación, las chicas de la peluquería le dieron una mano. Seguro tiene otra.

Buenas tardes señora, soy representante del movimiento utopía, estamos recaudando fondos para la causa, le dijo él y le dio un panfleto de la Unión de los Trabajadores Optimistas Por la Independencia de Angola. Ayúdenos a ayudar. Ya somos 14 en lucha. Angola Independiente o la revolución. Carmen no tenía imaginación pero era culta así que le explicó que Angola era un país independiente hacía años. El muchacho se puso a llorar. Ella sintió pena y lo invitó a pasar. Tomaron mate por la revolución, se llamaba Julio y su serie preferida eran las Aventuras de Lassie. La idea había sido de Milton, 33 años sin estudios secundarios ni primarios, pero con mucho tiempo libre. Según Milton el movimiento iba a pegar bien en la gente, porque utopía era una palabra “culto y llena de esperanza”. Le buscaron un significado a cada letra y cuando llegaron a la A, a Julio se le ocurrió Angola. Quedaron todos contentos. Milton lloraba de la emoción. Angola era un país con muchos problemas, se merecían la independencia, la gente se iba a solidarizar con la causa. Mandaron hacer pins, remeras, banderines y un montón de panfletos, como el que Carmen sostenía con una mano porque con la otra acariciaba la cabecita confundida de Julio. ¿Cómo le explico esto a Milton? No va a aguantar la desilusión. Está tan comprometido con la causa que a su hija le puso Angola. Carmen estaba realmente conmovida, tomó la iniciativa y el teléfono. Gracias por comunicarse con UTOPIA, en estos momentos estamos en plena lucha por la causa. Arriba la independencia de Angola. Por donaciones digite uno, por información sobre desaparecidos digite dos, de lo contrario aguarde en línea, lo vamos a atender compañero. Carmen mantuvo una conversación sincera y maternal con Milton. Le dijo que no todo estaba perdido, que catorce luchadores podían encontrar otra causa justa por qué pelear. El comité de base se reunió en la casa de Carmen y el movimiento utopía pasó a ser la

Unión de Trabajadores Optimistas por la Invasión de Angola, que ahora reclamaban, al gobierno del país en cuestión, una solución inmediata para los catorce padres de familia, que repentinamente se habían quedado sin empleo después de tantos sacrificios. Nosotros sólo tenemos palabras de agradecimiento para con utopía por el apoyo de su movimiento, pero Angola es independiente desde 1975, no hay nada que podamos hacer, declaró el embajador. Del otro lado de la ciudad Ignacio se agarra la cabeza. Carmen está loca. Apoyando la invasión de un país y para peor pusieron al perro inútil como mascota del movimiento. Como Ignacito no era un hombre muy decidido los muchachos del bar lo ayudaron un poco. ¿Vas a dejar que estos revolucionarios se queden con tu mujer, tu casa y tu perro? El perro es de ella, aclaró.

Ignacio dos en uno, coraje y valor, está atravesando la calle. Las banderas del movimiento utopía cuelgan de las ventanas de su casa. Tiene un bidón de queroseno en la mano y un fósforo en la otra. Lassie lo ve llegar y se arrincona del miedo. Ignacio que lo vuelve a despreciar. Perro inútil. Hoy vengo a recuperar mi mujer y mi casa.

*vii***¿Y si te mato para siempre?**

Ve la imagen del Papa, acostado y blanco y piensa, que desde que nació lleva el color de la muerte y que nunca nadie le dijo nada y que al final nada le hubiera hecho sentirse mejor, así que, que bueno entonces el silencio de todos, ¿no?

Mentira. Lo desespera que no le hablen de su palidez, ni le den explicaciones, que su madre se suicide cada domingo y que su abuela sólo sienta lástima, de él, del Papa y de todo el mundo desde que Maria Teresa *nos dejó, qué vamos a hacer ahora*. Ahí sentado en el murito de ladrillo visto, de la casa donde su abuela prende velas y cocina muy bien, Ilustrísimo se enteró por un vecino, que cruzando el río, estaba el cuerpo embalsamado de esta mujer Evita, rubia y blanca, y que en los tiempos en los que todavía se movía, supo moverse mucho por hombres trabajadores y mujeres también. Él, Ilustrísimo era un trabajador. Trabajaba en las pinturas que nadie compraba ni apreciaba, pero trabajar...trabajaba. De Evita y de esas otras personas nada más sabía. Y como además de inteligente Ilustrísimo no toleraba la curiosidad, investigó, en internet, en la biblioteca nacional y más tarde en la casa de su hermano, No, que a pesar de no saber tener relaciones familiares armoniosas y silenciosas como a él le hubiera gustado, era un muchacho muy culto y también hacía un culto de su completa colección de La Nación:

– Que es el principal diario de la Argentina, no se si vos sabías, ahora lo que a mi me gustaría saber es por qué te interesa tanto el cuerpo de una mujer muerta, muerta hace rato y al final...

– Al final que aprendiste y largaste el *tú*.

Entre las hojas amarillas apareció la tal Evita, vestida de señora importante con las manos hacia arriba con gestos de mucha política que él no quiso entender, pero que lo convencieron de comprar un pasaje a Buenos Aires.

De la ventana para afuera hay mucho frío y una noche cerrada de puro campo. Dentro del ómnibus y antes de dormirse, piensa. No sabe si buscar a Vera, o preguntar sólo por Evita cuando llegue. Se acuerda que hay policías en la frontera, y antidepresivos en su botiquín de viaje, además de esas otras pastillas de colores que tiene que tomar, y que si no las toma, *ya sabés a dónde te devuelven*.

El chofer lo despierta, le regala un desayuno, un mapa y un consejo, abríguese la cabeza. Ya de pie en la ciudad, investigó el resto. Además de los sombreros, los vestidos, las fotos, las firmas, los discursos, los amigos y los otros, Ilustrísimo supo del museo de Evita, de la tumba de Evita y de Pedro, el embalsamador.

– Con tanta restauración le mataron la palidez natural que tenía – le dijo el cantinero mientras le ponía dos medialunas al café – y no queda nada, sólo los trabajadores retumbando por las calles, panfleteando frente a los edificios importantes. De ella nada.

Por la ventana, Buenos Aires gris y pálida lo acompaña y por eso decide quedarse por más tiempo del que las pastillas de colores le iban a durar. Deja la acuarela y el grafito le sale cada vez mejor. Consigue amigos y clientes, turistas todos, todos en la calle. La calle es buena y pálida también, más con el frío y el invierno que acaban de llegar una vez más. Y el museo de Evita está abierto para el público y lo visita y después visita al cantinero amigo que siempre le regala otra medialuna para el viaje y sigue dibujando, y panfletea y vive. Entrega retratos a voluntad y recibe cartas de la misma forma. Las primeras son de su abuela que le escribe sobre todos los Santos. Algunas otras son de No,

rogándole los últimos números de La Nación. La de ayer fue del Hospital, para contarle que, esta vez, su mamá y el suicidio de los domingos tuvieron mucho éxito.

Buenos Aires y Evita deben quedarse atrás y se quedan mismo. En el camino lleva el sabor de la última lágrima, la última y para siempre, los billetes para empezar todo de nuevo y el teléfono de los familiares de Pedro, que antes de embarcar le contaron del oficio y le dieron un abrazo. A Vera nunca la vio y no le interesa. Su abuela ahora le cocina todos los días y cada día rezan juntos por el santo de turno. Entre las velas y la comida Ilustrísimo hace retratos en grafito de su madre muerta, con una flor detrás de la oreja, con un sombrero y junto a su abuela, con vestidos nuevos y antiguos y después la acuesta en la cama. Porque mañana es un día nuevo mamá, y como cada día, mañana salimos los tres al jardín, un poco de sol en estas caritas pálidas nos va a hacer mucho bien.

Estamos buscando a Mario

Entre las achiras todavía está la cruz que es mucho más grande que el gato enterrado debajo. Fue así de enorme el cariño que le tuvo a ese y a los otros tantos gatos, todos invernales, todos de una misma madre, parda, humilde, elegante. La primera muerte fue un montón de orgullo, dolor y letras. Al pequeño cuerpito peludo y tibio todavía, lo habían envuelto en diarios, que él sostuvo con sus dos manos y llevó hasta un pozo tímido de tierra, porque le enseñaron era su deber. La cruz vino después, cuando las achiras dieron flor y se abrieron sus hojas y la lluvia aflojó el montón de barro. Alguien tenía que decirle al mundo que ahí abajo estaba su gato chiquito y muerto.

Sobre esas cosas de niños y otros recuerdos de mucho después ya no quería acordarse más. Cuando le hacían preguntas, confundía los ojos que llevaba de ventana en ventana, hasta que los otros se cansaban de esperar una respuesta. Dejaron de preocuparle las horas y el frío. Ya no quiso saber si habían encontrado a las juventudes desaparecidas, rebeldes, e irrespetuosas. Comenzó a levantarse sin sus pantuflas de años. Cada mañana, tomaba café por primera vez, por primera vez sentía ganas de ir al baño y de tocarle los senos a ella. Ella que supo llenar el aire de sus costados, con comidas, bufandas y remedios. Pero de eso y de ella, también comenzó a olvidarse.

Hace dos semanas Mario salió de casa rumbo al baldío que está en la esquina de aquel barrio. Escuchó de alguien decir que vivían allí achiras de varios colores, que sobraban las maderas, que los gatos se estaban muriendo. Entre las novedades de verdad y los pequeños inventos maravillosos que volaban de boca en boca, hasta sus orejas, ya no había diferencias. Creyó en las palabras dulces y en los ojos brillantes de quienes cargaban las noticias. Los mismos que ahora lo buscan, algunos por amor, otros por vergüenza,

otros porque la moral existe. Hace dos semanas que Mario no ve su casa, no toma sus remedios, no tira agua desesperadamente sobre las achiras, no habla con ellas ni con sus gatos muertos. Sobre su cama dejó, antes de salir, algunas hojas de diarios sueltas que se volaron desordenadas y cayeron después de la puerta. Ella llegó con sus agujas y su lana desde otra habitación. La ventana abierta y el viento le dijeron la verdad. Por eso lo están buscando.

Hubieran sido mejores aquellos lugares de la lista extensa, llena de recomendaciones, de palabras de amigos, de conocidos de otros conocidos, de profesionales, instituciones, cuidadosas y cariñosas. Pero ella sintió la crueldad en el anillo dorado, en los cuatro hijos, en la jubilación que los mantenía y en los gatos que había ayudado a enterrar. Nunca faltó, pues, a su palabra y sin embargo no consiguió guardarle los recuerdos en algún lugar de su perdida cabeza. Esa cabeza que ya no quiere decirle que para volver a casa basta tomar el circular desde el centro, basta llamar al teléfono que tiene siempre en su bolsillo, buscar un policía, pedir ayuda, *volver Mario, volver.*

Lo están buscando, a él y a todas las arrugas que le explotan a los costados de sus ojos, y si por acaso usted lo ve pasar, por favor, dígame a Mario que lo están buscando. Han comenzado por los jardines de esta región, pero ya se acabaron. Es preciso encontrarlo a tiempo, antes de que el tiempo se lo coma porque él no sabe volver a casa y muy probablemente a esta altura ya no sabe que tiene una. Lo están buscando, en cada rincón de luz o de sombra, sobre cada asiento de cada ómnibus, en la memoria de los policías y la gente amable. Y detrás de cada gato de esta ciudad, también lo están buscando. Si por acaso usted, si por acaso.

Sábado 14 de mayo

Miguel Ángel, Leonardo y Rafael, además de las tortugas ninjas son los hijos del matrimonio que acaba de mudarse al lado de casa. Por la edad de los muchachos deduzco que el origen de semejante nominación tiene que ver pura y exclusivamente con el amor al arte renacentista. Respiro. De todas formas no sería el primer disparate cometido por padres creativos. Hoy me crucé con Leonardo. Quise hacer algún comentario simpático, uno nunca sabe cuando puede precisar de un muchacho de metro noventa, buenas ropas y una cuatro por cuatro. Me auto-decepioné. Buscaba la frase del día, la cita citable y no me salió más que un excelente comentario meteorológico. Me cago en el coeficiente intelectual elevado que las monjas del Santa María me diagnosticaron en la adolescencia.

Al que nunca me crucé es a Rafael, pero cada vez que suena el teléfono en su casa sigue el grito afónico de su madre: ¡Rafi es para vos! Ahí Rafael deja de tocar la batería y atiende. Por suerte le gusta hablar por teléfono tanto como su batería, así que cada media hora yo consigo estudiar un poco. No sé por qué hoy estoy tan reflexiva acerca de mis vecinos. ¿Será que hace mucho que el apto de al lado estaba vacío y que en el fondo todo este disturbio me causa alegría? No todo es felicidad. Hoy de mañana, sin ir más lejos y sin otros comentarios meteorológicos que los necesarios, estaba lloviendo y lloviendo y lloviendo. Cuando salí a la vereda, la cuatro por cuatro estaba arrancando, pero el piloto no me vio. El trajecito de Zara todavía está en remojo, y yo puse en remojo la bronca, de última a mí también me gusta el arte y todavía quiero conocer a Miguel Ángel.

El agua hirviendo

Los recuerdos que le entran por la nariz y le tapan los ojos de vapor no le avisan que atrás del mantel y los raviolos sobre la mesa ya no está la señora de piernas gordas y alma grande que es su abuela. Se la han llevado temprano y acostada, con muchas ganas de dormir, le dijeron. Justo ese día, que se había despertado más feliz porque en el árbol del fondo estaban los duraznos que lo esperaban y en la mesa pronta estaría seguro la mermelada, para que él se ensuciara lo suficiente y solo quisiera acostarse sobre la panza blanda que siempre le dice cosas para que se duerma. Pero entró en la cocina despeinado y con los ojos mal abiertos, y en las pantuflas grises no encontró a su abuela. Lo abrazaron y le dieron dulces sin restricciones, y aunque el fuego de la hornalla era el mismo, la fruta del jardín ya no se hervía igual. De a poquito, el silencio de la casa lo fue dejando más chiquito de lo que era. Entonces aprendió a convivir con los altos interruptores de la luz, con los vasos de vidrio que eran solo para grandes, con las ropas desordenadas que, como él, también se ensuciaban, con los perros que le rodeaban la soledad. Aprendió que el invierno era el clima de los sobrevivientes, el verano de los sacrificados y que muy pocas veces iba a ver pasar un clima elegante, de esos que borran las frutas pasadas del día anterior. Los árboles le siguieron dando todo lo que devoraba con apetito de niño aburrido, pero su abuela no aparecía en casa. Ni esa tarde ni en otras tantas.

Y un día se subió hasta la última rama para pedirle a una ciruela que bajara y cuando parecía que lo iba a conseguir desistió, un auto blanco había llegado y estacionado en al calle frente a su casa. Los recuerdos de su abuela se le metieron por la garganta apretada y por el tambor que tenía adentro, abajo de la camiseta, fuerte, asustado. La

ciruela cayó sola al piso pero después que él, que ya estaba corriendo hacia el portón, hacia la entrada, hacia la puerta de la ambulancia. Y apareció su abuela morada que no lo quería mirar, pero que ya estaba en casa, que se acostaba temprano y que por las noches respiraba fuerte para que él supiera que todo estaba bien. Y el armario de los bollones empezó a llenarse tímido porque la intrusa de la cocina ya no era tan intrusa así. Y lo peinaba por las mañanas y le decía no te subas tan alto que te vas a matar chiquilín. Le decía chiquilín y le limpiaba la ropa y le prendía la luz. Él le llevaba duraznos a su abuela y un poco de mermelada. Ella, desde la cama, le leía cuentos por las noches, mientras él se dormía con la cabeza sobre la panza que ya no estaba tan blanda.

Me cambio y vamos

Me pregunto si al menos serás capaz de acordarte del quilo de yerba que te pedí antes de salir de casa. Me pregunto si es verdad que la energía no se pierde y que simplemente se transforma en algo más. Miro la tele y busco a los gemelos fantásticos. Ojalá las cosas fueran tan fáciles como un cubo de agua y un trineo. Creo que fue así, pero hace mucho tiempo. Sobre eso no me pregunto nada, asumí la dulce llegada del ser adulto. Ahora sólo espero que te acuerdes de mi pedido y que en el detalle de algo tan intrascendente sienta que todavía vale la pena la energía perdida. Perdón, *transformada*, quise decir, la energía, la nuestra, transformada ¿en qué?

Ayer hice la cama antes de que llegaras. Llegué a creer que eso te haría feliz. Absurdo. Claro que al menos al dormir estaba todo estirado como te gusta. Y a pesar de mi esfuerzo, a pesar del detalle, el mate sigue vacío. Mi energía se transforma en paciencia, la tuya ¿en qué?

Estuvimos mal el uno con el otro, yo no te avisé que podría cambiar y vos ni siquiera lo sugeriste. Creo que tengo un poco de culpa, el resto es tuya. Ahora tendremos que ver qué hacemos. Por lo pronto, nada, tratá de acordarte del quilo de yerba, yo voy a seguir tendiendo la cama, capaz que uno de estos días encontramos la energía transformada en un abrazo fuerte, que nos dure por el tiempo que la vamos a perder de vista, otra vez.

*viii***Mientras**

Se cortó. Y eso sólo le sirvió para recordarle que era rojo por dentro y que su abuela tenía un rosario. Ella le preguntó en cuál demonio de turno estaba pensando para hacer una cosa así, después metió la mano en el bolsillo del delantal con todos los nervios y se puso a rezar por el bien de la familia y de su nieto y de los necesitados en Bosnia. Ilustrísimo se chupó el dedo y opinó sobre el cuadro colgado en la pared verde agua que tiene la imagen de un ceibo en flor y la frase: sonríele a la vida. Después se acordó de la policía y del día que llegaron a la casa y se llevaron a su linda mamita embalsamada. Ya no tenía más ganas para nada, tal vez sólo para quemar el cuadro de su abuela o para aguantar a su abuela, que al final era la única que tenía y que no se cansaba de acariciarle la cabeza con un cariño compulsivo. Pobre cabecita blanca, pobre cabecita, blanca, pobre. Él la entiende y por eso le regala los segundos de tolerancia. Pero enseguida le agarra la mano y se la besa. Todavía sale sangre cuando deja el cuchillo sobre la mesa. Vamos abuela, vamos al jardín. Y salen juntos, los dos casi sin edad. Y cuando los golpea el sol del mediodía, el rojo se pone a brillar y el blanco de sus caras no es tan malo. Las personas pasan y los miran y les hablan y hablan de ellos, y ellos dos encogidos en un banco del jardín de otoño, se dejan morir, hoy, un poco más que ayer.

Referencias

ALVAREZ, Alfred. *A voz do escritor*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2006.

ANGÉLIDES, Sophia. *A.P. Tchekhov: Cartas para uma poética*. São Paulo: EDUSP, 1995.

ARREGUI, Mario. *A propósito del cuento*. Disponible en: <<http://letras-uruguay.espaciolatino.com/arregui/cuento.htm>> Acceso en: 13 nov. 2006

BALZA, José. *El cuento: lince y topo*. Revista de Estudios Colombianos. Disponible en: <<http://www.colombianistas.org/revista/pdf/11/balza.pdf>> Acceso en: 13 nov. 2006.

BORGES, Jorge Luis. *Obras completas* v 4. Barcelona : Emecé, 1996.

_____. El cuento y yo In: BARRERA, Luis Linares; PACHECO, Carlos. *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila, 1993. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/el_cuento_y_yo.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

_____.; FERRARI, Osvaldo. *Diálogos II*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.

_____. En conferencia dictada en el Collège de France en 1983. Disponible en: <<http://www.galeon.com/borges/confe.htm> > Acceso en: 13 nov. 2006.> Acceso en: 13 nov. 2006.

CORTÁZAR, Julio. *Algunos aspectos del cuento*. Disponible en: <http://www.letrasdechile.cl/modules.php?name=News&file=article&sid=647> Acceso en: 13 nov. 2006. Originalmente publicado en *Diez años de la revista "Casa de las Américas"*, n° 60, julio 1970, La Habana.

_____. Del cuento breve y sus alrededores. In: LINARES, Luis Barrera; PACHECO, Carlos. *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila, 1993. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/d_el_cuento.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

GIARDINELLI, Mempo. *El cuento como género literario en América Latina*. 1998. Disponible en:
 <<http://segundapoesia.com.ar/phpBB2/viewtopic.php?p=943&sid=5cc787ffa484a67e4a5ef22a936e1557>> Acceso en: 13 nov. 2006.

_____. *Assim se escreve um conto*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994.

GOTLIB, Nádía Battella. *Teoria do conto*. São Paulo : Ática, 1985.

IMBERT, Enrique. *Teoría y Técnica del Cuento*. Buenos Aires : Marymar, 1979.

KIEFER, Charles. *A poética do conto*. Porto Alegre: Nova Prova, 2004.

KOHAN, Silvia. *Así se escribe un cuento*. España: Grafein, 2002.

LINARES, Luis Barrera. *Apuntes para una teoría del cuento*. Disponible en:
 <<http://www.artnovela.com.ar/modules.php?name=XForum&file=viewthread&tid=899>
 > Acceso en: 13 nov. 2006.

MASTRÁNGELO, Carlos. *25 cuento argentinos magistrales*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1979

PACHECO, Carlos. Criterios para una conceptualización del cuento. In: LINARES, Luis Barrera; _____.; *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila, 1993. Disponible en:
 <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo1/clase1/doc/criterios.doc> Acceso en: 13 nov. 2006.

POE, Edgard Allan. *Método de Composición*. Disponible en:
 <http://www.literatura.us/idiomas/eap_metodo.html> Acceso en: 13 nov. 2006.

QUIROGA, Horacio. Decálogo del perfecto cuentista. In: *Cuentos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, s/f. (p.307-308).

_____. *La retórica del cuento*. Disponible en:
 <<http://www.literatura.us/quiroga/retorica.html>> Acceso en: 13 nov. 2006.

_____. El manual del perfecto cuentista. In: LINARES, Luis Barrera; PACHECO, Carlos. *Del cuento y sus alrededores*. Caracas, Monte Ávila, 1993. Disponible en: <http://www.plataforma.uchile.cl/fg/semestre1/_2003/cuento/modulo2/clase4/doc/el_manual.doc> Acceso em: 13 nov. 2006.

ROCCA, Pablo. *Vozes da selva*. Porto Alegre: Mercado Aberto, 1994.